

Las milpas de la ira

“En este mundo cabrón, quien no resiste no existe”

Armando Bartra

© **Armando Bartra**
Octubre 2016

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diagramación y diseño de portada: Daniela Campero.
Foto: Tina Modotti

Que las manos callosas de los campos y las manos callosas del taller se estrechen en un saludo fraternal. Porque, en verdad, unidos los trabajadores seremos invencibles.

Somos la fuerza y somos el derecho. ¡Somos el mañana!

Emiliano Zapata. Tlaltizapán, Morelos, 15 de marzo de 1918

—Mire joven, en este mundo cabrón, quien no resiste no existe. Si no les marcamos el alto ahorita, cuando aún estamos a tiempo, al rato ya no se va a poder. Y nos van a acabar, hora sí nos van a acabar. Vienen con todo y por todos.

Ya nos tumbaron los precios de lo que cultivamos para el mercado mientras que cuando vamos a la tienda todo subió. Para nosotros es la Ley de San Garabato: siempre comprar caro, siempre vender barato...

Ahora quieren robarnos las tierras; las que ocupamos para sembrar y los terrenos donde vivimos. Unas veces son las minas, otras las presas, otras más las carreteras o si no, los hoteles caros y las casas de lujo... Cuando no es el gobierno son los ricos, los coyotes, los fraccionadores... y también los mañosos del narco.

Y al final nos arrebatan a nuestros hijos. Porque los muchachos con tanta calamidad y tanta sufridera ya

Las milpas de la ira
no quieren ser campesinos. De modo que se van si no es que se tiran a perder. Y con eso nos quitan hasta la esperanza...

Pero no, joven, no nos vamos a dejar. Porque en este mundo cabrón, quien no resiste no existe... Y ni modo que déjemos de existir ¿verdad?

—Gracias por lo claridoso de sus dichos, doña Cata, pero por favor retíreme lo de joven que ya no me va. Y si no fuera mucho pedir, quisiera su permiso para usar eso de “En este mundo cabrón...”, como subtítulo de un librito.

—Cómo no. Úselo, joven, úselo nomás...

Preámbulo. Montando en cólera

La gente de ciudad los ve pero no los mira, los oye pero no los escucha... El fantasma de los campesinos recorre México pero pocos le prestan atención. No se preguntan quiénes son, de dónde vienen, cuál es su agravio, cuáles sus sueños... Pero deberían mirarlos y escucharlos, porque los campesinos no sólo reclaman, también convocan. Y su convocatoria es la esperanza; la esperanza de ellos y la esperanza de todos.

Tomemos un momento cualquiera. Por ejemplo, la segunda quincena de marzo de 2015, días en que una vez más el campo mexicano alzó la voz y mostró su rostro airado. En unas pocas semanas se trasladaron cuatro grandes movilizaciones de base rural.

El 15 se celebró en Tepexta, Puebla, la séptima Asamblea de Pueblos Serranos en Defensa del Territorio y la Naturaleza, y sólo quien conozca la escarpada re-

gión, podrá valorar lo que en brechas y veredas caminadas representa haber reunido ahí a 3 mil personas, entre nahuas, totonacos y coyomes (mestizos), provenientes de 90 localidades.

El 18 marcharon en la Ciudad de México 20 mil integrantes de cuatro organizaciones nacionales agrupadas en el Frente Auténtico del Campo, formado por la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), Coalición de Organizaciones Democráticas Urbanas y Campesinas (CODUC), Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas (UNTA), Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA). Su bandera era el “rechazo a la iniciativa privatizadora de Ley de Aguas y al despojo de tierras que contempla la ley de hidrocarburos, y en defensa del presupuesto para el campo”.

Un día antes en Baja California unos 30 mil jornaleros agrícolas de San Quintín, agrupados en la Alianza de Organizaciones Nacional, Estatal y Municipal por la Justicia Social se fueron al paro y bloquearon durante 26 horas, 137 kilómetros de la carretera Transpeninsular, exigiendo aumento de salario y respeto a sus derechos laborales.

Todo esto ocurría en el marco de las persistentes movilizaciones que desde septiembre de 2014 exigen justicia en los asesinatos y desapariciones forzadas de los estudiantes de la Normal Rural Isidro Burgos, de Ayotzinapa. Activismo que es nacional y multisectorial pero que animan principalmente maestros guerrerenses y oaxaqueños de origen campesino.

Las milpas de la ira

Dos meses después de esas emergencias, en mayo, algunos de los participantes desplegaron otra forma de lucha: las caravanas. La que se llamó Caravana del Fuego de la Digna Resistencia se desarrolló durante las dos primeras semanas de ese mes y recorrió municipios del Estado de México; la segunda, llamada Caravana Nacional por la Defensa del Agua, el Territorio, el Trabajo y la Vida comenzó el 11, cuando de Pijijiapan, Chiapas, salió un contingente, otro partió de Vítam, Sonora, y otro más de Piedras Negras, Coahuila. Después de recorrer 23 estados y 75 localidades, el 22 las marchas llegaron a la Ciudad de México. Con esto las luchas locales en defensa del territorio y el patrimonio pasaron de los habituales encuentros convocados por redes sectoriales a movilizaciones nacionales de presión política sobre el gobierno federal.

*

Durante unas semanas se salieron de madre al mismo tiempo cuatro ríos crecidos y torrenciales, cuatro afluentes del multitudinario combate rural: la defensa de los territorios por las comunidades; la defensa de la tierra, el agua y los recursos productivos por los campesinos organizados; la defensa de su trabajo y su dignidad por los jornaleros del noroeste; la defensa de la vida humana por quienes permanentemente son víctimas de asesinato, tortura, violación, secuestro, desaparición forzosa, cárcel injusta, agresión física por la fuerza pública y el narco, discriminación.

En los últimos 30 años a los campesinos mexicanos les ha ido mal. Y si se descuidan les puede ir peor. Pero ahí siguen... contrariando a la economía, a la historia y a la sociología que una y otra vez anunciaron su muerte.

I. Al campo le cayó el chahuiztle

El arranque del siglo XXI se caracteriza por un desbarajuste mundial manifiesto en descontrol climático y deterioro ecológico, desorden energético, decadencia económica... Y como parte del desgarrate una crisis agrícola que se traduce en desbandada de campesinos, carestía alimentaria y hambre. Hambre que aqueja a casi mil millones de personas.

Desde 1914 aumentaron en el mundo las cosechas y los inventarios de los granos y con ello bajaron algo los precios. Pero la comida sigue siendo relativamente más cara que hace una década. La crisis alimentaria y su saldo, el hambre, no son pasajeros sino que van para largo. Y van para largo porque en ellos se combinan problemas de producción y problemas de distribución. Es decir cosechas impredecibles y, a la larga, insuficientes, sobre las que se monta la especulación, tanto comercial como financiera, tanto de las grandes graneleras como de los tiburones de la bolsa.

Según las proyecciones de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), la agricultura mundial, que creció 2.1% la década pasada, en ésta crecerá sólo 1.4%; un 0.7% menos. Esto significa

Las milpas de la ira
que la oferta alimentaria, que durante la segunda mitad del siglo XX se expandía aceleradamente, aumenta ahora cada vez más despacio.

Muchas son las razones: el paquete tecnológico de la llamada “revolución verde” que se impuso desde hace medio siglo llegó a su límite; los recursos naturales están desgastados, lo que incluye la fertilidad de los suelos y la disponibilidad de agua; lo voluble del clima hace más impredecibles las cosechas; el alza histórica del petróleo encareció combustibles, fertilizantes, transportes... que no se han abaratado a pesar de que el petróleo ya bajó; muchos países autosuficientes hace 30 años pero que desalentaron su producción alimentaria, hoy dependen de importaciones y su demanda presiona sobre la producción de los que son excedentarios. El resultado por el lado de la oferta son situaciones recurrentes de inventarios disminuidos y reservas escasas.

Al mismo tiempo la demanda sigue aumentando. En cuanto a la alimentaria tenemos crecimiento sostenido de la población mundial y cambio de hábitos de los países emergentes hacia un mayor consumo de carne y leche y por tanto mayores requerimientos forrajeros. En cuanto a la industrial tenemos el crecimiento de la producción de combustibles como etanol y biodiesel, hechos con maíz o con caña, que presiona sobre el destino de cosechas que podrían ser para alimentación humana. El resultado es demanda alimentaria, forrajera e industrial incrementadas.

Y de esta tendencia al desbalance entre una demanda que aumenta muy rápido y una oferta que crece

cada vez más despacio, se aprovecha la especulación encaucedora de los productos de primera necesidad. Tanto la de los grandes compradores y procesadores, como la que opera en las bolsas.

Así las cosas, es evidente que no saldremos del enredo sólo distribuyendo con equidad y eficacia, es claro que el problema no se soluciona acabando con los monopolios especulativos o controlándolos. Esto es muy necesario, sí, pero la cuestión de fondo y las grandes preguntas que debemos responder se refieren a la producción: *qué* necesitamos producir, *dónde* hay que producirlo, *cómo* debe ser producido, *quiénes* habrán de producirlo. El sistema productivo de la agricultura es el que está tronando. Y sobre esta crisis se encima la crisis del sistema distributivo.

Desde 2008 la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), e incluso los muy cabrones y anti campesinos Fondo Monetario Mundial (FMI) y Banco Mundial (BM), insistieron en que la solución a la carestía estaba en impulsar de nuevo la agricultura familiar. El resultado fue contradictorio:

El lado positivo fue que en ciertos países de la periferia que confiados en las importaciones baratas habían desatendido o desmantelado la auto provisión de alimentos, los gobiernos impulsaron la producción alimentaria campesina. Acciones por las que hoy el incremento de la oferta agrícola mundial ya no viene como antes de los países centrales, sino sobre todo de los de las orillas.

Las milpas de la ira

El lado negativo fue que los altos precios de los productos agrícolas despertaron la codicia de los grandes capitales. Por un lado, por primera vez en muchos años poderosos inversionistas vieron en la producción agrícola la posibilidad de grandes negocios y un lucrativo refugio para la crisis de otras inversiones especulativas, que se inició en 2008. Y se desató la rebatinga, se disparó en grande la compra de tierras. Paralelamente, gobiernos de naciones con dependencia alimentaria como los países petroleros árabes, o con necesidades de abasto pero también de expansión, como China, comenzaron a adquirir grandes extensiones fuera de sus fronteras. El resultado: en 10 años 300 millones de hectáreas, que eran mayormente de campesinos, pasaron a manos de grandes acaparadores, sobre todo en África y América Latina.

En balance, podemos decir que la privatización, concentración, extranjerización y financierización de la tierra y la agricultura le van ganando con mucho débil impulso que en algunas partes tuvo la pequeña y mediana producción campesina.

*

En México nos tocó bailar con la más fea (dicho sea sin afán de ofender a las poco agraciadas), pues aquí nos calan los filos más fieros del desastre. Sufrimos más que otros la carestía, pues en 30 años los malos gobiernos dismantelaron a fondo nuestra producción alimentaria que nos había hecho autosuficientes. En contraste con otros países emergentes, aquí no hay políticas públicas

orientadas a recuperar el dinamismo y apoyar la agricultura campesina. Es verdad que a diferencia de África y el resto de América Latina, en México quizá por la fuerza que aún tiene la propiedad social, la concentración y extranjerización de la tierra agrícola no ha avanzado tanto, pero todo indica que el gobierno de la restauración priista, encabezado por Peña Nieto, se propone remediarlo, facilitando aún más el acceso de las transnacionales a nuestro territorio.

En las dos primeras décadas del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), vigente desde 1994, el campo mexicano, que de por sí iba mal, se fue poniendo peor y deslizándose cada vez más rápido hacia el barranco. Bajó proporcionalmente la producción agrícola respecto de la industrial, de modo que el Producto Interno Bruto (PIB) agropecuario pasó de 5.4% a 3.5% del total, casi dos puntos porcentuales menos; la superficie cultivada disminuyó unos 5 millones de hectáreas; el peso de las exportaciones agroalimentarias respecto del conjunto de las exportaciones decreció al pasar de 7.3% a 6.1%, mientras que el peso de las importaciones agropecuarias respecto del total de importaciones aumentó pasando de 7.25 a 7.5%. Resultado: en los primeros 20 años del Tratado pasamos de exportar más productos del campo que los que importábamos, de modo que teníamos un modesto superávit en la balanza agropecuaria de 539 millones de dólares; a comprar más de lo que vendemos, de modo que enfrentamos un abismal déficit de 5,234 millones de dólares. De ser autosuficientes y

Las milpas de la ira
hasta exportadores, hoy necesitamos traer de fuera cerca de la mitad de lo que aquí nos comemos.

Esto se refleja en un encarecimiento de los alimentos exageradamente alto en comparación con el resto del mundo. Así, por ejemplo, entre 2012 y 2013, que fueron años de carestía, en Estados Unidos la inflación en los precios al consumidor fue de 1%, en los países de la OCDE fue en promedio de 2.1% y en países como España, Francia y China fue de entre 2% y 3%. En cambio en México el encarecimiento fue del 6%, casi tres veces más que el promedio de la OCDE, de la que formamos parte. Y desde entonces los precios al consumidor no han bajado, aunque sí han caído los que se pagan a los campesinos.

La situación es insostenible y no podremos sacar al buey de la barranca sin cambiar las ideas hoy imperantes sobre lo que debe ser México. Por una parte dependemos cada vez más de las importaciones, en un contexto de oferta global muy irregular y precios altos. Por otra parte la producción alimentaria interna depende cada vez más de un sector pequeño y privilegiado de nuestra agricultura: una producción empresarial de riego, intensiva y con altos rendimientos; un sector que concentra las tierras de mayor potencial: planicies costeras con riego por gravedad, que recibe más del 80% del crédito al campo y que capara el 60% de los subsidios públicos ejercidos mediante programas altamente regresivos, es decir que le dan más al que más tiene; un sector ubicado sobre todo en el noroeste que cosecha cerca del 30% del maíz blanco y porcentajes aún mayores de otros granos;

un sector muy protegido que en las últimas décadas ha crecido en rendimientos y producción, pero que ya no da para mucho más pues su agricultura es muy costosa ahora en que los insumos encarecen y depende por completo del agua en momentos en que las sequías dizque “atípicas” se vuelven recurrentes.

Entre tanto, la producción alimentaria campesina ha perdido fuerza, en ciertos casos disminuyó porcentualmente y en algunas regiones de plano se desplomó. No podía ser de otro modo si consideramos que de las 5.5 millones de hectáreas que se cultivan, solo tiene crédito el 4%, que está en manos de ricos o de acomodados y no de campesinos.

*

México necesita urgentemente un fuerte golpe de timón, un cambio de rumbo general y particularmente un cambio de rumbo en el agro. Es de vida o muerte cambiar las prioridades que los tecnócratas le impusieron al campo.

Hay que pasar de fomentar exclusivamente la gran agricultura empresarial a fomentar también y sobre todo la pequeña y mediana agricultura campesina.

Pasar de apostar principalmente a la agricultura de riego a impulsar también —donde las lluvias se prestan— la de temporal.

Pasar de pensar sólo en grandes distritos de riego a fomentar también sistemas de regadío más modestos y un aprovechamiento de las aguas eficiente pero de menor escala.

Las milpas de la ira

Pasar de una agricultura intensiva de altos costos económicos y ambientales, a una agricultura menos costosa y más amable con el medio ambiente.

Pasar de una agricultura preocupada sólo por los rendimientos técnico-económicos, a una agricultura que busque también rendimientos sociales y ambientales.

Pasar de una agricultura ubicada mayormente en el norte semiárido, con escasez de agua y afectado crecientemente por sequías, a una agricultura ubicada también en el sur y el sureste, donde abunda ese líquido.

Pasar de una agricultura destinada a la exportación o controlada por los grandes compradores nacionales, a una agricultura que atienda también a los mercados regionales y al auto abasto.

II. Los ríos crecidos de la lucha rural

Defendiendo el terruño: despojo y resistencia

El saqueo de nuestros bienes tiene muchas caras, y todas espantables:

Minería a cielo abierto que envenena tierras y aguas, arrasa poblados y deja a su paso titánicos tajos.

Exploración y explotación altamente contaminantes de combustibles fósiles, ahora también mediante lo que llaman fractura hidráulica de esquistos.

Grandes presas, carreteras y ductos que desplazan comunidades, alteran cuencas y desquician ecosistemas.

Silvicultura arrasadora que tala bosques y selvas dando lugar a deslaves y reduciendo la infiltración de

la lluvia. Lo que a su vez propicia erosión del suelo por agua y viento con el consecuente azolve de los ríos que al salirse de cauce inundan poblaciones rivereñas.

Reducción de la diversidad maicera a través del secuestro, alteración genética y privatización de las semillas.

Invasión del cuerpo de las mujeres por leyes sexistas que les niegan sus derechos sexuales y reproductivos.

Urbanizaciones desmedidas y emprendimientos turísticos invasivos.

Ocupación de los espacios del pequeño comercio por las grandes tiendas departamentales.

Invasión del paisaje urbano y rural por la publicidad comercial y política.

Ocupación del tiempo de ocio y de los lugares domésticos y comunitarios donde se convivía, por los prepotentes medios electrónicos de comunicación masiva que además usufructúan el espectro electromagnético propiedad de la nación.

Privatización para el turismo de lujo del clima benigno, del paisaje disfrutable, de las playas...

Mercantilización de nuestras zonas arqueológicas, nuestros pueblos, nuestras artesanías y en general de nuestro patrimonio cultural material e inmaterial.

Saqueo de la fauna mediante la pesca y la caza desordenadas y desmedidas.

Concentración de las tierras agrícolas por el neolatifundio, concentración del agua de riego por el agro negocio y la industria, concentración de las cosechas por los acaparadores y las empresas alimentarias.

Las milpas de la ira

Acaparamiento, contaminación y privatización del agua dulce para consumo humano.

Pérdida de poblados, cultivos y tierras, saldo de eventos meteorológicos que el deterioro intencional de los ecosistemas, la pobreza y la imprevisión transforman en desastres sociales.

Cárteles de la droga que imponen su ley sobre extensos territorios...

Todos los despojos un mismo despojo. La nueva cabeza de Medusa. La multiforme maldición del milenio.

Las expropiaciones, si bien son una práctica generalizada, se concretan por lo general en acciones localizadas que violentan a los pobladores originales y alteran sus formas tradicionales de convivir y de ocupar el territorio. Así, de mil maneras, las comunidades rurales y urbanas vemos amenazados nuestros espacios vitales por una legión de poderosas empresas. Corporaciones a las que casi siempre respalda el mal gobierno. No sólo porque la teología de la neo liberalización imperante desde hace 30 años llama a privatizar sin medida ni clemencia, también porque los funcionarios saltan jubilosos de los cargos públicos a los consejos de administración de los negocios que beneficiaron y que ahora los benefician a ellos.

Los intrusos son una banda de capitales desalmados y gandallas que de momento no están tan interesados en explotar nuestro trabajo como en arrebatarnos el patrimonio y, si es necesario, expulsarnos de nuestra tierra interrumpiendo o desquiciando los intercambios sociales, laborales y culturales que nos unen con el lugar

que habitamos. Y este es un acto de violencia, de violencia extrema.

No sólo los pueblos indios y otros pobladores antiguos, todos los vivientes ocupamos un lugar sobre la tierra. Todos al habitar, trabajar y darle valor a nuestro entorno mantenemos la vida material y espiritual. Todos, sin excepción, realizamos a diario actividades situadas, que pueden ser modestas como escombrar o regar nuestras plantas. Ritos de todos los días por los que refundamos una y otra vez el orden cósmico y le devolvemos el sentido a las cosas. Si se rompe este vínculo mágico: si somos expulsados de nuestro lugar o nos arrebatan los medios de vida y trabajo que nos permitían permanecer, se rompe real y simbólicamente el equilibrio del mundo.

Es por eso que una de las vertientes más caudalosas del combate rural es la defensa de los territorios y del derecho a usufructuarlos de manera colectiva. Y es que las peores dentelladas al patrimonio de los pueblos vienen de minas, presas, carreteras, urbanizaciones salvajes, gran turismo... Pero en el fondo de todo, lo que está en juego es la propiedad social de la tierra, principio que ha sido piedra angular del México rural durante la última centuria.

Hoy los poderes económicos y políticos nacionales e internacionales se van sobre el usufructo campesino de las parcelas familiares y las tierras y aguas del común. Una conquista y un derecho que son la médula del pacto social que con su sangre impusieron hace cien años los campesinos encabezados por Villa y Zapata. Un acuerdo estratégico con el que, al firmarse la Constitu-

Las milpas de la ira
ción de 1917 que lo garantizaba, culminó la revolución iniciada en 1910.

El presidente Peña Nieto, en el que encarna el retorno del Partido Revolucionario Institucional (PRI) a la Presidencia de la República, después de un interregno de dos sexenios en los que gobernó el Partido Acción Nacional (PAN), busca llevar a término el ciclo neoliberal iniciado hace 30 años, consumando la privatización de los recursos naturales, de las actividades económicas estratégicas y de los servicios sociales. Pero el corazón de la contrarreforma está en acabar con la propiedad social de la tierra y con su apropiación colectiva por las comunidades.

En lo tocante al campo todo empezó con la reforma de 1992 al artículo 27 de la Constitución, que al debilitar la condición inalienable de los ejidos y comunidades permite pasar de la propiedad social colectiva al pleno dominio individual y de ahí a la venta. Reforma privatizadora favorecida por acciones jurídicas como el programa de certificación llamado Procede, que entrega títulos de propiedad, y por políticas agrícolas pro empresariales que desalientan a la pequeña y mediana producción expulsando del campo a los campesinos.

Por esos mismos años la reforma a la Ley minera, que concede a la actividad extractiva prioridad sobre cualquier otra, evidenciaba que los grupos de poder habían tomado la decisión de imponer la valorización privada capitalista de los recursos naturales sobre la apropiación nacional operada por el Estado y, en el caso de la tierra, sobre el usufructo campesino.

Veinte años después, el ciclo concluye con la reforma energética que por una parte privatiza la extracción de combustibles fósiles y la generación de energía, al ceder las rentas a los particulares, y por otra viola el derecho de los campesinos a la tierra al llevar a sus últimas consecuencias el principio, ya establecido en la Ley minera, de que las actividades asociadas con el petróleo y la electricidad tienen prioridad sobre cualesquiera otras.

Lo que sigue es la privatizadora Ley de Aguas, que está en las Cámaras, y luego incorporar a las leyes y procedimientos agrarios los cambios necesarios para que se facilite aún más el tránsito de la propiedad ejidal colectiva al pleno dominio individual privado, establecido en la reforma de 1992 al artículo 27 constitucional e impulsado durante tres décadas mediante programas de titulación. Lo que supone facilitar el procedimiento y, sobre todo, restarle atribuciones a la asamblea y al Comisario de bienes ejidales o comunales.

Para las comunidades y los campesinos defender la tierra y el agua es reivindicar un vínculo ancestral con la naturaleza que los disque modernizadores se empeñan en disolver. *En viernes o los limbos del Pacífico*, el novelista y filósofo Michel Tournier pone en boca de Robinson Crusoe esa incontrolable tendencia de los tecnócratas a registrar, medirlo, numerarlo y clasificarlo todo.

Yo quiero, exijo que todo a mi alrededor, sea a partir de ahora medido, probado, certificado, matemático, racional. Habrá que proceder a la agri-

Las milpas de la ira
mensura de la isla, establecer la imagen reducida de la proyección horizontal de todas sus tierras, consignar esos datos en un catastro. Querría que cada planta fuera etiquetada, cada pájaro registrado con una anilla, cada mamífero marcado a fuego ¡No cejaré hasta que esta isla oscura, impenetrable, llena de sordas fermentaciones y remolinos maléficos, sea metamorfoseada, convertida en una construcción abstracta, transparente, inteligible hasta la médula!

Pero para las mujeres y los hombres de la tierra las cosas son distintas. Se hace terruño al andar, al habitar, al cultivar, al ponerle nombre a los ríos y los cerros, a los animales y a las plantas... En su múltiple trajín las comunidades humanas construyen su entorno. Espacios que pueden registrarse con diferentes códigos: regionalizaciones por cuenca, planos catastrales, cartografías administrativas... Pero que, más allá de esos registros fríos, son los mundos habitados que nos dan pertenencia, que nos dan arraigo, que nos dan identidad.

A todo esto los pueblos campesinos lo llaman tierra. Nuestra tierra. Y por tierra entendemos el lugar donde a través de la ocupación y el trabajo nos hacemos uno con el entorno. Transformándolo físicamente pero también nombrándolo, dándole valor, otorgándole significado. Espacios nunca acabados sino siempre en construcción mediante acciones públicas o privadas; mediante prácticas familiares o comunitarias; mediante labores agrícolas, pecuarias, silvícolas...; mediante ce-

remonias rituales, cívicas, festivas... Espacios que son múltiples, cambiantes, sobrepuestos, entreverados como las plantas de una milpa. Pero a veces también disparejos, peleados, rotos... Espacios que a la vez son tiempos, pues en ellos recordamos el pasado y soñamos el futuro. Espacios, en fin, donde cada quién pone su corazoncito, una maceta con flores y el centro de su mundo.

Hay territorios a los que técnicamente llamamos jurisdiccionales como el de los municipios, étnicos como los de un pueblo originario, agroecológicos como una cuenca, bioculturales, de planeación y de gestión... territorios que es necesario defender en todas sus dimensiones. Pero al reivindicarlos no hacemos más que restituirle a la ancestral lucha por la tierra, por la madre tierra, el carácter integral que siempre había tenido y que se fue diluyendo cuando al concepto tierra se le empezó dar un sentido puramente agrícola y parcelario. Se trata de una devolución que hace explícitas y le pone nombres recientes a dimensiones jurisdiccionales, étnicas, ecológicas, bioculturales y de gestión que aunque ellos no lo supieran han estado siempre contenidas en la interminable lucha de los pueblos por la tierra. Por nuestra tierra.

*

Iniciadas simbólicamente en el arranque del siglo con la heroica lucha del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, con el que los habitantes de Atenco, en el Estado de México, echaron para atrás el intento de construir un aeropuerto en los lugares donde habitan, y teniendo como caso ejemplar la lucha de los purépechas de Cherán, en

Las milpas de la ira

Michoacán, que en 2011 expulsaron al narco y recuperaron sus bosques, lo que permite que hoy se autogobier-
nen, en los últimos tres lustros las luchas que reivin-
dican las tierras de los pueblos se han multiplicado.

Hay movimientos contra presas, como el de La Parota, en Guerrero; contra minas a cielo abierto como la de San Javier, en San Luis Potosí; contra acueductos, como el Independencia que rechazan los Yaquis de So-
nora; por salvar centros ceremoniales como el Desierto de Amanecer que reivindican los Huicholes; contra eo-
loeléctricas como las que repudian los pueblos del Istmo de Tehuantepec. Y como esos cientos más.

Los incontables movimientos locales en defensa del patrimonio y el territorio acosados por diversas cla-
ses de despojo, se han ido engarzando en coordinadoras regionales creadas para enfrentar amenazas específicas y en algunas coordinadoras nacionales que con frecuen-
cia están enlazadas con sus pares del resto de América Latina. Así, hay redes de lucha contra las grandes pre-
sas, de resistencia a la minería tóxica, de combate con-
tra el *fracking*, en defensa de afectados ambientales, de acción contra de la privatización del agua... Las conver-
gencias temáticas formadas por organizaciones de base pero animadas por organizaciones civiles difunden los
problemas locales, canalizan la solidaridad y celebran
encuentros a veces multitudinarios.

Sin embargo, limitadas por cierta visión patri-
monialista de las causas justas por la que cada quien se
siente dueño de la suya, hasta ahora no han sido capaces
de integrar un gran frente entre ellas y menos con otras

fuerzas, como las organizaciones campesinas de productores que también defienden la tierra contra las leyes privatizadoras que pretenden acabar con la propiedad social. Estructurados en red, los defensores de la tierra, el agua y la vida, están por fortuna en todas partes, pero hasta ahora les ha faltado más contundencia política.

A fines de 1914 se celebró un encuentro atípico porque en él confluyeron grupos organizados en defensa de los territorios locales y organizaciones campesinas que reivindican la propiedad social de la tierra. Y dado que su resolutive es elocuente reproduzco aquí partes del mismo.

Convocadas a defender la tierra, el agua y la vida, el 16 y 17 de agosto de 2014 cerca de 400 personas provenientes de más de 100 organizaciones nos reunimos en San Salvador Atenco, Estado de México. Mujeres y hombres, indígenas y campesinos, pequeños productores y trabajadores asalariados, gente del campo y gente de la ciudad... todos diferentes pero todos unidos en la resistencia al despojo y en la lucha por un mundo mejor.

Nos lo quieren quitar todo: la tierra, el agua, el aire, la biodiversidad, el patrimonio familiar y comunitario, nuestros derechos, nuestros sueños, nuestras esperanzas... Desde hace treinta años las leyes se modifican para facilitar el despojo (...) La amenaza más reciente es la anunciada reforma del campo, que busca a facilitar el pleno dominio y la venta de las tierras de propiedad social.

Las milpas de la ira

Pero no los vamos a dejar, porque con el despojo crece también la resistencia. Nunca en toda nuestra historia la defensa del territorio y el patrimonio había convocado a tantos mexicanos y mexicanas.

Y la resistencia no ha sido en balde. Primero fueron los comuneros de Atenco que por casi tres lustros han detenido el proyecto de un aeropuerto, luego los de la La Parota y otros que pararon diversas presas; más tarde el Frente Amplio Opositor de San Luis Potosí, que no pudo impedir el destrozo pero le ganó la batalla legal a la minera San Xavier; más tarde los purépechas de Cherán, que libraron de narcos su territorio; posteriormente los defensores del maíz, que en 2013 lograron un amparo contra la siembra de semilla transgénica; recientemente los yaquis, que consiguieron fallos judiciales favorables contra el acueducto Independencia que sin embargo se sigue construyendo; por el momento la campaña nacional Agua para todos. Agua para la vida, ha frenado el intento de aprobar una Ley general de aguas abiertamente privatizadora y propone otra por iniciativa ciudadana. Y así tantas otras luchas parcialmente exitosas. Es verdad que son triunfos incompletos y que más tardamos nosotros en frenarlos que ellos en reanudar sus asaltos al patrimonio. Pero el hecho es que se puede; que cuando en los afectados hay arraigo, voluntad de luchar, solidaridad y organización podemos detenerlos.

Nos despojan a todos, no sólo a los campesinos, de modo que en esta lucha por la vida y contra los proyectos de muerte, todos hacemos falta. Seis son los ejes en torno a los que hoy converge la defensa de la tierra, el agua y la vida.

1. Defensa del territorio y el patrimonio desde los propios territorios.
2. Defensa de los recursos naturales, su apropiación colectiva y su gestión social.
3. Defensa de la propiedad social de la tierra base del ejido y la comunidad agraria.
4. Defensa de la producción campesina sustento de la soberanía alimentaria.
5. Defensa del derecho a la alimentación mediante una alianza ciudad campo.
6. Defensa de las libertades políticas y los derechos humanos contra la represión y criminalización de las resistencias.

Pero sin un proyecto de vida no detendremos los proyectos de muerte. Entonces lo primero es entender que la defensa de los territorios es también la defensa de la economía y el modo de vida campesino e indígena. Porque el derecho a la tierra es el derecho a vivir dignamente cultivándola y sólo la unión entre quienes defendemos los territorios que habitamos y quienes reivindicamos la producción y los buenos usos de las comunidades, podrá revertir la destrucción del campo. Y es que

Las milpas de la ira

la expropiación por mineras, presas, urbanizaciones y otros megaproyectos es grave, pero el gran despojo empezó hace más de treinta años con el progresivo desmantelamiento de la pequeña y mediana producción agropecuaria y el impulso a una excluyente agricultura empresarial que desalentó a las nuevas generaciones rurales.

Mujeres y jóvenes. En la defensa de la tierra, la producción y el modo de vida campesinos e indígenas dos sectores son fundamentales. Ante todo las mujeres —primeras en la lucha y últimas en el reconocimiento— porque en la defensa de los territorios y del patrimonio nosotras vamos por delante de modo que, junto con nuestros derechos, nuestros puntos de vista deben ser escuchados y atendidos. En segundo lugar los jóvenes, porque si las nuevas generaciones nos distanciamos física y espiritualmente del campo la defensa de la tierra contra otras amenazas se debilita.

Campo y ciudad. Por sus aportes agrícolas, ambientales y culturales el campo sustenta a todos los mexicanos. Pero sin el respaldo de los hombres y mujeres de la ciudad, la causa campesina no podrá triunfar. Necesitamos reordenar la producción y el mercado agropecuarios en beneficio de productores y consumidores, y sobre todo necesitamos construir una estrecha alianza del México urbano y el México rural.

Cosechando tempestades en el Valle de San Quintín

¿Y los jornaleros y las jornaleras del Valle de San Quintín, que en marzo de 1915 y con una gran movilización dieron testimonio de que los millones de hombres, mujeres y niños que por salarios miserables levantan las grandes cosechas también son capaces de luchar? ¿Es que ellos y ellas no defienden territorios?

En realidad sí. Los sembradores y cosechadores de Baja California defienden los territorios del cuerpo. Trabajar 14 horas diarias cosechando a destajo jitomate, pepino o fresa; laborar de sol a sol manipulando y respirando agroquímicos que te intoxican y a la larga te matan; dormir en galerones insalubres y sin privacidad; carecer de servicios médicos; si eres mujer sufrir el acoso sexual de los capataces... y todo por un salario miserable, es una agresión a tu cuerpo y una ofensa a tu dignidad.

El de los trabajadores del campo es un cuerpo invadido, humillado, envilecido... Los agro tóxicos contaminan tierras y aguas pero envenenan también a los que tienen que aplicarlos y si la agricultura intensiva atenta contra la vida de plantas y animales, atenta también contra el organismo de los que en ella laboran.

Defender a la vida es defender en primer lugar la vida de las personas. La madre naturaleza empieza con nuestros cuerpos. ¿Dónde termina el aire y empieza el ave? ¿Dónde termina el agua y empieza el pez? ¿Dónde termina el surco y empieza el labrador? ¿Dónde termina el entorno y empieza nuestro cuerpo? La línea es borrosa porque entorno y cuerpo son una continuidad apenas

Las milpas de la ira
interrumpida por la piel. Por eso defender la tierra es defendernos a nosotros mismos.

*

Con sus diez mil hectáreas de riego San Quintín no es la zona de agricultura intensiva más importante del noroeste de México, pues en Sinaloa hay diez veces más tierras regadas. Pero San Quintín está a sólo 300 kilómetros de la frontera con Estados Unidos, país al que va destinada la mayor parte de las cosechas, y los valles costeros sinaloenses están cinco veces más lejos. También por su ubicación el emporio agrícola bajacaliforniano tiene una gran población fija de jornaleros provenientes de otros estados, pues por la distancia se les dificulta devolverse a sus lugares de origen. Simplemente un oaxaqueño de la sierra que quiera regresar a su pueblo invertirá 60 horas en autobús, eso si el transporte no se descompone en el camino.

A principios de siglo la región estaba concesionada a colonos ingleses, que se fueron a resultas de la revolución de 1910, y no fue sino hasta los años treinta del pasado siglo que llegaron algunas familias estadounidenses. En 1945 se abre el primer pozo profundo y desde principios de los sesenta la extensión de tierras irrigadas se expande casi 20% cada año, hasta 1985, en que se rebasa la capacidad de recarga de los mantos freáticos.

Durante el *boom*, decenas de miles de jornaleros son llevados a la casi deshabitada región desde el densamente poblado centro del país. Vienen de Oaxaca, Guerrero, Veracruz, Michoacán... y son mixtecos, zapo-

tecas, triques, nahuas, purépechas. Algunos llegan por su cuenta y riesgo, pero la gran mayoría arriban a los campos llevados por los “enganchadores” que prometen, seducen y acarrear a los potenciales jornaleros, en una suerte de *outsourcing* ancestral que operaba desde el siglo XIX y aun antes, por el que los empresarios agrícolas se hacen de mano de obra sin tener que negociar directamente con ella y sin asumir responsabilidades. Algunos son migrantes circulares, llamados “golondrinas” que hacen la ruta costera: Nayarit, Sonora, Sinaloa, Baja California, Baja California Sur y de regreso. Otros van a un solo lugar y tienden a quedarse ahí. De esta manera en menos de 40 años se establecen en San Quintín alrededor de 50 mil trabajadores, cifra que en temporada de cosecha los estacionales hacen llegar a 80 mil.

En el valle se chamea duro y se vive mal. Jornadas de 12 y hasta 14 horas diarias bajo un sol inclemente y, por lo general, pagadas a destajo; trabajo todos los días sin derecho a descanso semanal y menos a vacaciones; manejo de agro tóxicos sin medidas de seguridad; desconsiderado trabajo infantil; malos tratos de los capataces que en el caso de las mujeres incluyen agresiones sexuales; vivienda precaria que al principio eran las “galleras”, galerones con techo de lámina en los que dormían hacinados, y que, conforme la gente se fue quedando a vivir, fueron dejando su lugar a las “cuarterías”, que son viviendas colectivas en las que se comparten los servicios, y también a habitaciones unifamiliares.

Los campamentos se extienden a lo largo del valle, al borde de 137 kilómetros de la carretera Transpe-

Las milpas de la ira
ninsular. Un largo, estrecho, interminable poblado con calles de tierra y casas de tabicón. Un pueblo multiétnico en el que cada grupo trata de mantener su costumbre, pero que con el tiempo ha ido amalgamando una nueva identidad: los “cachanillas”, por referencia a las casas de bajareque, es decir varas y barro, en que vivían inicialmente siguiendo el modelo de los desaparecidos pobladores ancestrales, y que se hacían precisamente con la madera de un arbusto llamado cachanilla.

Carecen de servicios de salud adecuados y naturalmente no tienen sindicatos. Lo que si hay, son “contratos de protección” con los que las pro patronales Confederación Nacional de Trabajadores (CTM), Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Confederación Revolucionaria de Obreros de México (CROM) pretenden mantener controlados a los jornaleros. En los ochenta del pasado siglo una organización democrática y combativa, la CIOAC, trato de organizar la resistencia y formar sindicatos, pero la presión de los empresarios y el gobierno impidieron que se consolidaran. Posteriormente, en 1996-1997 hubo un paro agrícola porque se les adeudaban tres semanas de salarios.

Los que se fueron de sus comunidades de origen porque se habían convertido en un infierno, encontraron otro infierno en San Quintín. En un encuentro de reflexión decía una trabajadora migrante: “En mi pueblo la vida era pura violencia. Vine aquí... y pura violencia viví”.

*

Y los *cachanillas* se rebelaron. El martes 17 de marzo de 2015, a las tres de la madrugada, gritando “¡En lucha por la dignificación de los jornaleros!” y “¡El pueblo unido jamás será vencido!”, miles de hombres y mujeres acuerpados en la Alianza de Organizaciones, Nacional, Estatal y Municipal por la Justicia Social, salieron de los campamentos y los pueblos y ocuparon la carretera Traspeninsular. A lo largo de los 134 kilómetros del valle establecieron campamentos y retenes con troncos y llantas a las que prendieron fuego. Se dice que en el paro, que duró 26 horas, participaron 30 mil trabajadores.

Exigen derechos laborales, libertad de asociación y sobre todo un aumento salarial. En vez de los 100 o 120 pesos diarios que reciben demandan 300, monto que conforme avanzaban las negociaciones redujeron a 200, una cifra perfectamente alcanzable pues algunos ranchos ya la están pagando. Pero ni así. Los patrones ofrecieron 150 en un aumento ridículo que las Centrales pro patronales se apresuraron a aceptar.

Hay en San Quintín unos 200 ranchos agrícolas, aunque 12 grandes empresas, a través de agricultura por contrato, concentran casi toda la producción. Aumentar los salarios no los iba a arruinar. Pero el problema no es sólo de dinero sino de control. Y ceder demasiado ante la Alianza... establecería un mal precedente.

La lucha siguió, ya sin paro general. Durante las semanas siguientes la Alianza... buscó negociar con el gobierno. Hasta ahora con magros resultados pues el aumento de salarios, que es lo fundamental, depende

Las milpas de la ira de los patrones que por lo visto no están dispuestos a ceder. A cambio, su movimiento encontró solidaridad entre obreros y campesinos organizados.

Pero lo más importante es que la insurrección de Baja California sacó a la luz la hasta entonces poco visible situación de los jornaleros del campo: alrededor de dos millones y medio de personas que en unos quince estados de la República ponen sus brazos al servicio de la agricultura, en particular de la empresarial, y que viven y trabajan en condiciones precarias, inhumanas, ofensivas.

Y hay que decir que frente a la situación de la generalidad, a los *cachanillas* del Valle de San Quintín no les va tan mal, pues ser residentes y convivir en poblados les ha permitido organizarse, cosa que no sucede con la mayoría de los demás asalariados del campo.

Salvando las diferencias el 17 de marzo de 2015 fue para los jornaleros agrícolas lo que el primero de enero de 1994 fue para los indígenas. En los dos casos un estallido de rebeldía visibilizó situaciones lacerantes a las que la opinión pública estaba ajena, y en los dos casos esto se logró no presentándose como víctimas demandantes, sino con acciones de rebeldía y de dignidad.

Un mes y medio después del paro, el primero de mayo, los de San Quintín estuvieron en la marcha conmemorativa que año tras año realizan las organizaciones combativas de los trabajadores. Ahí, en el Zócalo de la Ciudad de México, Fidel Sánchez y Bonifacio Martínez Cruz, portavoces de la Alianza... llamaron a la unidad "¡Ni una lucha aislada más!". "Es necesario construir

una fuerza que pueda tumbar a este pinche sistema de gobierno”, concluyó Bonifacio.

Ayotzinapa o la rebelión de las víctimas

Muchos son los agravios que sufrimos las mexicanas y los mexicanos: nos explotan como asalariados, nos saquean como agricultores, como pobladores nos despojan de territorios y patrimonio, privatizan los recursos naturales que son de todas y todos, nos ofenden como ciudadanos al comprar o robarse las elecciones, niegan nuestros derechos a la alimentación, al trabajo, a la educación, a la vivienda, a la salud y en el caso de las mujeres a la salud sexual y reproductiva, desconocen el derecho a la diversidad...

Y los mexicanos y mexicanas resistimos, nos defendemos. Nos defendemos como obreros, como campesinos, como colonos, como pueblos, como mujeres, como estudiantes, como derechohabientes, como jóvenes, como ciudadanos, como consumidores, como gente del arco iris...

Pero hay un agravio que cruzando todos los demás es también específico. Un agravio que va dirigido contra nuestras mentes, nuestros corazones y nuestros cuerpos: a las mexicanas y los mexicanos nos han hecho *víctimas*. Nos han hecho víctimas y con frecuencia víctimas mortales.

Somos víctimas del narcotráfico y de la guerra contra el narcotráfico; víctimas de los cárteles, de la policía y del ejército; víctimas del secuestro y de la desaparición forzada; víctimas de la tortura; víctimas de la

Las milpas de la ira
fuerza pública que lejos de protegernos nos reprime; víctimas del acoso judicial; víctimas del terror; víctimas de la amenaza; víctimas de la cárcel injusta.

Y a veces las mexicanas y los mexicanos nos revelamos contra este agravio específico. Nos alzamos precisamente en nuestra condición de víctimas. Pero si hay víctimas es que hay culpables, de modo que nos alzamos contra nuestros victimarios.

Porque toca las fibras más sensibles de la sociedad, el movimiento de las víctimas es muy expansivo, es muy potente. Recordemos la rapidez con la que en 2012 cobró fuerza el Movimiento por la paz con justicia y dignidad, encabezado por Javier Sicilia, precisamente en la medida en que visibilizaba a las víctimas y reivindicaba sus derechos.

Y porque se alza contra todos nuestros victimarios, ha corrido como reguero de pólvora el movimiento contra el crimen de Iguala y por la aparición con vida de los 43 estudiantes de la Normal Rural Isidro Burgos, de Ayotzinapa, Guerrero.

El horrendo crimen es emblemático de los que a diario ocurren en todo el país. Y por eso quienes exigimos saber a ciencia cierta el paradero de los 43, no podemos conformarnos con que se reconozca a las víctimas y se repare el daño. Queremos que se investigue, que se esclarezca, que se resarza, que se castigue... Y sobre todo queremos que termine de una vez este suplicio que a todos nos ha tocado, nos toca o nos tocará.

Pero queremos igualmente acabar con un orden criminal, con un sistema económico, social y político que

no sólo despoja, explota y oprime, también secuestra, tortura y mata. Que secuestra tortura y mata sobre todo a los chicos.

Entonces, éste es un movimiento de jóvenes y por los jóvenes. Y es un movimiento que nos incumbe a todos, porque todos somos víctimas.

Y si las víctimas se alzan, si las víctimas se rebelan... que tiemblen los victimarios y sus cómplices, que tiemble el sistema que nos victimiza...

*

México es un moridero, un panteón de muertos a la mala que claman por justicia y paz. Están las decenas de miles de muertos con nombres y apellidos pero también están los muertos que no tienen quién los amortaje ni quién los llore, los cuerpos anónimos aventados así nomás en las 400 fosas clandestinas descubiertas entre 2008 y 2015 en 24 estados del país.

Y los matados son casi todos jóvenes, si no es que niños. Jóvenes los muertos y secuestrados de Ayotzina-pa, jóvenes los muertos encontrados en las narcofosas de Iguala, jóvenes los 22 ejecutados por el ejército en Tlatlaya, jóvenes la mayoría de los más de 100 mil muertos a resultas de la masacre que inició Calderón y ha continuado Peña Nieto, jóvenes gran parte de los más de 20 mil desaparecidos.

Entre los 15 y los 24 años no habría que morirse, pero en México mueren muchos varones en ese rango de edad, casi todos a causa de la violencia. De modo que mientras que en prácticamente en todas partes la espe-

Las milpas de la ira
ranza de vida va aumentando, aquí disminuyó un año debido a la muerte precoz, a la muerte violenta, a la mala muerte.

Estudiantes, delincuentes, soldados, víctimas accidentales... en nuestro país se mata a los jóvenes y los jóvenes se matan entre sí. Todos los muertos cuentan, pero cuando muere un joven muere una vida por vivir. ¿Cuántos años no vividos acumula el juvenicidio nacional?

Guerrero es un camposanto, un páramo de muertos a la mala. En el estado del sur las matanzas políticas son mojoneras que fijan tiempos históricos. Del medio siglo que abarca mi memoria recuerdo algunas: en 1960, en Chilpancingo, el ejército asesina a 15 y a resultas del crimen cae el gobernador Caballero Aburto; en 1962, en Iguala, el mismo ejército mata a 7, lo que provoca la radicalización de la Asociación Cívica Guerrerense y tiempo después el alzamiento en armas de Genaro Vázquez; en 1965, en Atoyac de Álvarez, los judiciales asesinan a 7, por lo que Lucio Cabañas se remonta y emprende la organización del Partido de los Pobres; en 1967, en Acapulco, pistoleros como El Zanatón, La Yegua, Los Gallardo y El Animal, masacran a más de 30 copreros rebeldes, aunque algunos contaron hasta 80 cadáveres; en 1990, en Cruz Grande la policía estatal mata a 5 de los ocupantes de la Alcaldía, lo que marca el fin de los cabildos populares conformados ese año; en 1995, en Aguas Blancas, la policía estatal embosca y mata a 17 campesinos y siembra armas entre los cadáveres para semejar un enfrentamiento, la airada protesta provoca la caída del

gobernador Rubén Figueroa y un año después la aparición del Ejército Popular Revolucionario; en 1998, en Los Charcos, los soldados cercan una reunión y matan a 11, poco después aparece el Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente; en los años recientes los estudiantes de la Normal Rural Raúl Isidro Burgos han tenido varios muertos: dos en 2011 caídos en la Autopista del Sol a la altura de Chilpancingo a manos la policía estatal, tres en 2014 asesinados en Iguala por policías municipales y quizá 43 más si se confirma la versión de la PGR. ¿Le pondremos término algún día a esta muerte sin fin?

La matazón de Iguala es parteaguas por dos razones: por su desmesura y por lo que el crimen y la repulsa que desató significan. Y es que si decenas de estudiantes pudieron ser tiroteados, escarnecidos y secuestrados es porque los responsables pensaron que quedarían impunes pues, después de todo, las víctimas no eran más que “ayotzinapos”, vale decir vándalos.

Cuando uno de los normalistas baleados la noche del 26 de septiembre, que tenía un tiro en la cara, esperaba sin éxito a ser atendido en la clínica a la que lo llevaron sus compañeros, llegaron ahí dos unidades militares que al verlos cortaron cartucho y preguntaron si eran “los ayotzinapos”. Los jóvenes dijeron que sí y pidieron ayuda para el herido que perdía mucha sangre. Por respuesta los soldados los obligaron a alzar sus playeras y vaciar sus pertenencias para ver si traían armas. Las palabras del que estaba al mando las transmitió uno de los jóvenes: “Cuando le pedimos ayuda para nuestro compañero que se estaba desangrando, lo que nos dijo

Las milpas de la ira fue que tuviéramos huevos para enfrentarlo, así como hacíamos nuestro desmadre”. Y los militares dieron media vuelta y se fueron.

Difundido sistemáticamente por opinadores de los medios masivos de comunicación y por funcionarios públicos, un obsceno mensaje recorre México: la muerte tiene permiso cuando sirve para preservar el orden. En esta lógica perversa es bueno que los narcos se maten unos a otros porque quedan menos, es aceptable que la fuerza pública ejecute a los presuntos delincuentes para que aprendan y —en el extremo— chance y se ve mal eso de balear y secuestrar normalistas, pero lo cierto es que los “ayotzinapos” se lo buscaron por revoltosos, por andar haciendo sus desmadres.

Según esta infame versión matar “antisociales”, sean estos delincuentes o subversivos, no es romper el orden, es preservarlo. Y no merece castigo sino aprobación. Porque las leyes escritas y las normas morales diurnas pueden violarse si se trata de hacer valer la ley nocturna, el código oculto e inconfesable que preside desde la oscuridad el orden existente. Razonamiento que está detrás de todos los genocidios, de todas las grandes matanzas de la historia: del holocausto, del gulag, de las limpiezas éticas, de los escuadrones de la muerte, de la carnicería de Tlatelolco en 1968 y de todos los gobiernos represivos, el nuestro incluido.

Por fortuna el crimen no encontró complicidad entre la gente de a pie sino airado rechazo: una indignada y conmovida repulsa ciudadana. “A lo mejor los muchachos se pasaban y merecían algún castigo. Pero

eso no. Eso es un crimen”, decía un Policía Comunitario que había ido a Iguala para ayudar en la búsqueda de los secuestrados. Y ése es el mensaje: pese a la insidiosa campaña de criminalización de la protesta, los mexicanos dijimos que lo ocurrido era inadmisible: no más sangre, no más impunidad, no más desvergüenza política...

La del 5 de noviembre de 2014 fue una de las mayores marchas de protesta en que me haya tocado participar. Enorme movilización en la que unas 150 mil personas que en su mayoría se convocaron solas, exigía la aparición con vida de los 43 secuestrados, demandaba castigo a los culpables y una y otra vez coreaba: “¡Fue el Estado! ¡Fuera Peña! ¡Fuera Peña!”.

El primer año de la restauración priista fue de pasmo ciudadano, de apatía social. Los movimientos opositores nacidos en 2012 se desbalagaban, los gremios laborales más o menos activos y democráticos trataban inútilmente de descifrar al nuevo interlocutor gubernamental, los entreguistas pactaban y las izquierdas no claudicantes se reponían del golpe y rediseñaban sus estrategias electorales. Mientras tanto, los ciudadanos de a pie perdían rápidamente las pocas esperanzas que Peña Nieto despertó en su campaña electoral, pero su creciente desaprobación no se traducía en acciones de protesta.

Pero en 2014 esto terminó. En medio de un torbellino de “reformas estructurales” que despertaban más rechazo y desconfianza que adhesión entusiasta. Los movimientos sociales comenzaron a salir del duelo.

La progresiva convergencia de quienes defienden los territorios desde los territorios y las organizaciones

Las milpas de la ira campesinas nacionales que reivindican la propiedad social de la tierra amenazada por la “reforma para el campo” de Peña Nieto, genera expectativas; la movilización y huelga de decenas de miles de estudiantes politécnicos en contra de un reglamento policiaco y de la reforma neoliberal de los planes de estudio hizo caer a la Directora General y avanza hacia la realización de un Congreso Politécnico refundacional; la solidaridad con los normalistas de Ayotzinapa no sólo tumbó al Gobernador de Guerrero sino que puso en aprietos al gobierno federal y a principios de 2016, cuando escribo esto, la movilización continúa.

“Nosotros, por nuestros hijos, estamos dispuestos a dar la vida. Y ustedes. ¿Hasta dónde están dispuestos a llegar?”, dijeron los padres de los desaparecidos a quienes se movilizan en su apoyo. Y ésta es la cuestión: ¿hasta dónde estamos dispuestos a llegar?

“Lo menos que podemos hacer —dijo Omar, estudiante de Ayotzinapa— es que esta rabia que sentimos se convierta en movimiento organizado”. Ojalá que así sea.

*

A diferencia de la campaña de 2012 por las víctimas, que fue protagonizada mayormente por padres y madres, esta vez la rebelión fue en sus mejores momentos un gran movimiento de jóvenes. Y esto lo inscribe en la reciente insurgencia juvenil que en el arranque del tercer milenio se expande por todo el mundo. Es pues pertinente reflexionar sobre las particularidades de estos movimientos en tanto que influyen sobre el perfil de las presentes rebeldías.

Lo primero es reconocer que México es hoy un país de chavos que debiera gozar de lo que llaman un “bono demográfico” consistente en que la gran mayoría de nuestra población está en edad productiva. Pero este bono está siendo dilapidado al enviar a los jóvenes a la migración, a la marginalidad, a la delincuencia, a la fosa clandestina... Vivimos en un país de jóvenes que no educa a sus jóvenes, que no emplea a sus jóvenes, que sataniza a sus jóvenes, que mata a sus jóvenes.

La paradoja es que siendo México un país de jóvenes, los movimientos sociales son encabezados y protagonizados mayormente por gente de la segunda y tercera edad. Esto vale para el movimiento campesino, para el movimiento obrero, para los movimientos ciudadanos y en menor medida para el urbano popular y el magisterial.

Por esto fue tan esperanzador que en 2012 el movimiento #Yosoy132, iniciado en una universidad de paga y extendido después a todo el país, incursionara masivamente en el proceso electoral repudiando a Peña Nieto. Emergencia que se repitió poco después con la movilización multitudinaria y la huelga general de los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y en 2014 con la vertiginosa incorporación de los estudiantes de todo el país y de todas las escuelas a la lucha encabezada por los normalistas de Ayotzinapa y los padres de los desaparecidos.

Los jóvenes están siendo protagónicos, es claro, pero en cada caso su perfil es distinto como distinta es la causa que enarbolan. #Yosoy132 estuvo marcado por

Las milpas de la ira
el origen social de los chavos de la Universidad Iberoamericana y por la naturaleza político electoral de la coyuntura y el movimiento del IPN responde a la condición de estudiantes técnicos de quienes lo impulsan y a la naturaleza educativa de sus demandas. En cambio la insurgencia en torno a Ayotzinapa está marcada por la condición campesina de la mayor parte de los que estudian en la Normal Rural Isidro Burgos y por alzarse contra la victimización. Y porque dada la condición de los contingentes que lo encabezan, éste último es el menos clasemediero, es también el que hasta ahora más escapa a los elementos definitorios de los movimientos juveniles recientes.

En cuanto al movimiento por el crimen de Iguala, casi dos años después la moneda aún está en el aire, porque cuando menos hasta mediados de 2016 se movía en dos carriles. Uno es el de los agravios específicos que tienen que ver con la presentación de los desaparecidos y el castigo a los responsables, cuestiones que por su misma naturaleza suponen la negociación con las autoridades y en particular con el poder ejecutivo federal, por ríspida que esta negociación sea. Sin embargo conforme pasa el tiempo a las cuestiones iniciales se han sumado agravios generalizados que tienen que ver con la violencia incontrolable, con impunidad, con la penetración del narco en el Estado, con la criminalización de la protesta, con las llamadas reformas estructurales, más lo que se acumule en esta semana... asuntos que por un misma naturaleza no pueden ser negociados con una administración pública a la que el movimiento está sentando en el banqui-

llo de los acusados. Y es que no se puede negociar con Peña Nieto la renuncia de Peña Nieto.

Sin maíz no hay país: luchas por la economía campesina y la propiedad social

Las cuatro agrupaciones campesinas que marcharon el 18 de marzo de 1915 en la Ciudad de México en defensa de la propiedad social de la tierra, contra la privatización del agua y por un presupuesto público para el agro suficiente y adecuado, forman parte del sector de organizaciones independientes y democráticas de pequeños productores agrícolas. La mayoría organismos de larga data. La CIOAC, por ejemplo está cerca de cumplir 50 años y la CNPA va para los 40.

Es ésta una vertiente de la organicidad rural que aun si no es “oficialista” tiene como principal interlocutor a la administración pública. Lo que se origina en el hecho de que desde mediados del siglo pasado el Estado mexicano se involucró en el desarrollo rural productivo a través de políticas que se han vuelto vitales para los pequeños y medianos agricultores. Quienes, sin embargo, tienen que reivindicarlas, pelearlas y gestionarlas, pues desde hace más de treinta años los gobiernos neoliberales privilegian al sector empresarial y descobijan al campesino.

Aunque formada por agrupaciones nacionales o cuando menos supra regionales, la vertiente campesina de organizaciones económicas está muy fragmentada. En parte a resultas de sus propios desencuentros, pero también porque es práctica reiterada de los gobiernos

Las milpas de la ira dividir y confrontar a los productores y a sus organizaciones empleando para ello el gasto público.

Por la misma razón, si bien es éste un sector políticamente no gobiernista y frecuentemente movilizado y combativo, también es verdad que en él imperan en mayor o menor medida el clientelismo de quienes negocian recursos públicos para mantener la fidelidad de las bases, y el caudillismo de quienes se consideran insustituibles y se perpetúan en los liderazgos.

A principios de siglo XXI y cuando las políticas neoliberales estaban acabando con el campo y con los campesinos, ésta vertiente organizativa impulsó una inédita convergencia llamada Movimiento “El campo no aguanta más” (Mecnam), que al principio encabezan 12 organizaciones, entre ellas las ya mencionadas CIOAC, CNPA, UNORCA, CNOC, ANEC y CODUC, y al que luego se suman casi todos los agrupamientos de presencia estatal o nacional, incluyendo sorpresivamente a la Confederación Nacional Campesina (CNC), que forma parte del PRI y ha sido tradicionalmente gobiernista, pero que con el PAN en el gobierno federal se encontraba circunstancialmente en la “oposición”.

La fuerza del Mecnam, capaz de movilizar el 31 de enero de 2003 a 100 mil airados campesinos en la capital de la República, hizo que el gobierno se sentara a negociar un proyecto de salvación del agro que las organizaciones participantes formularon entre todas y sobre la marcha. En la negociación con las autoridades la propuesta se vio muy disminuida, pero aun así el Acuerdo Nacional para el Campo que firmaron el presidente de

la República y la mayoría de las organizaciones, es un buen plan que de haberse llevado a la práctica hubiera aliviado en algo las dolencias del agro y quienes en él trabajan. No se aplicó. El gobierno incumplió el acuerdo y las organizaciones, de nuevo desapartadas, no fueron capaces de obligarlo a honrar su firma.

Esta experiencia, que se agrega a los recurrentes incumplimientos de los poderes ejecutivo y legislativo federales, de lo acordado con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), llevaron a muchas organizaciones a la conclusión de que se puede obligar al gobierno a negociar y aun forzarlo a que firme acuerdos aceptables para los campesinos, pero que mientras que los que encabezan la administración pública sean neoliberales y tengan acuerdos abiertos y privados con los poderes fácticos, es ingenuo esperar que lo convenido se lleve a la práctica. El EZLN concluyó que dado que el gobierno no cumple hay que olvidarse del gobierno, en cambio las organizaciones concluyeron que lo que hay que hacer es cambiar de gobierno.

Esto hizo que en la inminencia de la campaña electoral de 2012 por la Presidencia de la República un grupo de organizaciones nacionales que en 2002 y 2003 habían marchado juntas en el Mecnam resolvieran que los acuerdos estratégicos con gobiernos de derecha son inútiles pues no se cumplen, de modo que la recuperación del agro es imposible sin un real cambio de gobierno y un drástico viraje en el curso del país.

“Salvar al campo para salvar a México —concluyeron— supone un gobierno distinto que le imprima al

Las milpas de la ira agro una nueva dirección. Y para esto hace falta sumar fuerzas en torno a un proyecto alternativo: un plan estratégico construido desde abajo por nosotros mismos que a la vez que dé sustento propositivo a una convergencia lo más amplia posible, dote de contenido programático a un futuro compromiso electoral entre nosotros y el candidato de las izquierdas.” Y se pusieron manos a la obra.

El 28 de noviembre de 2011 en Ayoxuxtla, Puebla, durante la conmemoración de aniversario de la firma del Plan de Ayala por Emiliano Zapata y otros jefes revolucionarios, dirigentes de esas organizaciones le propusieron al candidato progresista, Andrés Manuel López Obrador, ahí presente, que si él se comprometía a firmar un nuevo Plan de Ayala, ellos construirían participativamente el programa para el agro, al tiempo que ponían en pie una convergencia social campesina que trabajara para llevarlo a la Presidencia de la República.

López Obrador aceptó y para marzo de 2012 las organizaciones que habían tomado la iniciativa convocaron seis grandes encuentros campesinos, cinco en México y uno en Estados Unidos, para debatir la problemática del agro desde una perspectiva regional, en el entendido de que no son iguales los problemas mesoamericanos que los de aridoamérica, los del altiplano que los de las costas...

El 17 de marzo se realizó en la ciudad de Zacatecas el Foro Región Norte “Francisco Villa”, donde campesinos provenientes de esa entidad, pero también de Chihuahua, Durango, Coahuila y otros estados norteros, discutieron los retos de un agro de lógica más comercial

que autoconsuntiva y del que depende lo sustantivo del abasto nacional de granos básicos.

El 24 se realizó en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, el Foro Región Sur “Emiliano Zapata”, donde participaron 24 organizaciones, que pusieron énfasis en la problemática campesino-indígena y entre otras cosas reclamaron el cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés entre el gobierno federal y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

El 2 se realizó un encuentro de 20 organizaciones en Coyuca de Benítez, Guerrero, en el que participaron campesinos de esa entidad y de Tlaxcala y Oaxaca, y donde después de debatir la problemática regional se acordó realizar el Foro “Rubén Jaramillo”, el 28 de ese mes en la ex hacienda de Chinameca, Morelos; ahí participaron 30 organizaciones, la mayoría de ese estado y de Guerrero, pero también de Puebla, Estado de México y Distrito Federal, las que, en presencia de don Félix Serdán, excombatiente del movimiento posrevolucionario encabezado por Rubén Jaramillo, quien había formado filas con el Ejército Liberador del Sur, llamaron a revertir la contrarreforma constitucional de Salinas reivindicando a la tierra como “bien social”.

El 31 en Guayangareo, Michoacán, se reunió el Foro Región Bajío-Occidente “Primo Tapia”, con 160 delegados de 13 organizaciones, principalmente de esa entidad y de Guanajuato, donde se debatió el contraste entre el desamparo de la producción campesina y la concentración y transnacional de la agro exportación, en la que además los jornaleros son maltratados y explotados.

Las milpas de la ira

El mismo 31, en la ex hacienda Temózn Norte, en Yucatán, se realizó el Foro Peninsular “Felipe Carrillo Puerto”, donde representantes de 22 organizaciones debatieron sobre los daños ambientales y sociales causados por una urbanización y desruralización caóticas, y donde se enfatizó el problema de la violencia contra mujeres y la necesidad de crear una Fiscalía especializada en esta lacra.

Finalmente, también el 31, en Los Ángeles, California, la comunidad migrante de Estados Unidos y organizaciones como el Frente Indígena de Organizaciones Binacionales, organizaron el Foro “Ricardo Flores Magón-César Chávez”, donde se exigió que a los transbordados mexicanos se les considerara “exiliados económicos” y no “ilegales”, y que el gobierno mexicano ejerciera un real control de la frontera hoy administrada por los cárteles, además de que implementara políticas públicas para hacer efectivo el derecho de los connacionales a no migrar.

La deliberación dio elementos para formular el Plan de Ayala para el Siglo XXI, un breve documento que en vez de enlistar interminables demandas específicas reclama derechos fundamentales: a la tierra, a la alimentación, al trabajo digno, al bienestar y la vida buena, al territorio y los recursos naturales, a una naturaleza sana y a la verdadera democracia; sin olvidar los derechos específicos de los jóvenes, las mujeres y los pueblos indios. Plataforma programática a la que se adhirieron más de cien organizaciones y que el 10 de abril de 2012, en un acto público realizado simbólicamente en Torreón, Coahuila, tierra de villistas, firmó López Obrador.

Habiendo objetivo común: Salvar al campo para salvar a México, habiendo programa construido entre todos: el Plan de Ayala para el siglo XXI; y habiendo una estrategia compartida: impulsar el cambio por la vía electoral llevando a la Presidencia a López Obrador lo siguiente era definir la táctica y el plan de acción, que cada una de las organizaciones llevaría a la práctica en sus respectivas regiones, conforme a sus características y en la medida de sus fuerzas. Dado lo inminente de la campaña electoral, la táctica y las tareas inmediatas no podían ser otras más que “impulsar la participación de la sociedad rural en la promoción y defensa del voto”.

Así se hizo. Y sin embargo no fue suficiente. La mercenaria campaña electoral del PRI arrasó en el campo, quizá porque la sociedad rural está devastada y también porque los campesinos libremente organizados son una pequeña minoría. Ni modo, para la próxima habrá que organizarse más.

Pero el esfuerzo no fue en vano: gracias al Plan de Ayala para el siglo XXI y al Pacto para el Rescate del Campo y de la Soberanía Alimentaria de México, cientos de miles de hombres y mujeres de la tierra tuvieron una opción electoral progresista y no clientelar.

Enfrentadas al hecho consumado de que el PRI estaba de nuevo en la Presidencia de la República, entre 2013 y 2016 las organizaciones firmantes del nuevo Plan de Ayala recuperaron su dinámica gremial y emprendieron diversas iniciativas para negociar con el gobierno federal debutante. Y como es frecuente en estos trances se volvieron a distanciar unas de otras, debilitándose

Las milpas de la ira
con ello el frente rural y por tanto su capacidad de negociación. La movilización del 18 de marzo de 2015, que reseñé al principio, fue protagonizada por algunas de las organizaciones que en 2012 habían llegado a un acuerdo. Las otras se movilizaron antes y después. Por el momento no han vuelto a hacerlo todas juntas.

Pese a que el proyectó no cuajó, la experiencia es aleccionadora. Y es que en la coyuntura de 2015 en que se realizaron comicios de los llamados “intermedios” en los que se eligen algunos gobernadores y presidentes municipales, además de legisladores, algunas corrientes políticas minoritarias pero radicalizadas y un grupo de personalidades de la Iglesia católica o de su entorno, apoyándose en la legítima desconfianza que muchos tienen en las elecciones y en general en la llamada “clase política”, plantearon boicotear los comicios o cuando menos abstenerse de votar. A cambio se proponían “refundar el país” convocando a un “Constituyente ciudadano” que asesorado por un grupo de notables elabore una “nueva Constitución”.

No sé cuántos países hayan refundado últimamente quienes impulsan el proyecto, pero me queda claro que los campesinos organizados sí han intentado una y otra vez refundar, cuando menos el campo. Y lo han hecho construyendo entre todos un proyecto alternativo y buscando impulsar un cambio de rumbo en el país encabezado por un gobierno progresista que se haya comprometido previamente a llevar adelante dicho proyecto, marchando en eso a la par de las organizaciones que lo firman. Para ello se apoyan en las experiencias

recientes de Venezuela, Ecuador y Bolivia. Pueden estar equivocados, pero da la impresión de que en esto, como en otras cosas, los campesinos tienen los pies bien puestos sobre la tierra.

Medio siglo abriendo brecha

Las insurgencias campesinas no empezaron ayer. Y es importante tenerlo presente pues la fuerza de cada nuevo movimiento dependerá de qué tanto se apoye en las experiencias del pasado. Algunas son historia vieja y no queda nadie que las haya vivido. Pero de las del último medio siglo todavía muchos tienen memoria. Hagamos un repaso.

En los años setenta del siglo XX los hijos de ejidatarios a los que ya no les había tocado tierra y los avecindados sin parcela dieron una gran batalla contra el neolatifundismo y porque se reanudara el reparto agrario. En todo el país, sin que faltara un solo estado, los campesinos ocuparon las grandes propiedades, a veces con las armas en la mano. Los viejos combatientes zapatistas y villistas que aún quedaban, acompañaron la lucha, y las banderas del Ejército Liberador del Sur y de la División del Norte volvieron a ondear. De esas movilizaciones surge una nueva organización que como se podía suponer toma el nombre de Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), que ahí sigue.

Desde mediados de los ochenta y en los primeros noventa la lucha por el reparto se entibia, pero toman fuerza los combates por mejorar las condiciones de la producción campesina. Esto porque en la década ante-

Las milpas de la ira rior se habían peleado las tierras y si no se logra vivir dignamente de cultivarlas, las parcelas se abandonan y la batalla agraria queda en nada. Pero también porque el gobierno de Carlos Salinas quiso conducirla en esa dirección pues, como buen neoliberal, el único derecho que le reconocía a los campesinos era el de competir en el mercado. Y en esto había plan con maña, pues el nefasto presidente sabía que gracias al desmantelamiento de las políticas e instituciones de fomento agropecuario y al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que los ponían en total desventaja frente a las importaciones, los agro empresarios y las corporaciones, los campesinos mexicanos no podrían sobrevivir. De esta manera, pensaban los tecnócratas, nos libramos de los campesinos sin necesidad de ensuciarnos las manos. No fue así. Es verdad que la mayor parte de los proyectos asociativos fracasaron y que por un tiempo algunos se dejaron engatusar por el gobierno. Pero algo se aprendió sobre la necesidad de que los pequeños productores tengan buenas organizaciones económicas. Y los campesinos sobrevivieron. Por esos años surgen convergencias como la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas (UNORCA) y algo después agrupaciones sectoriales como la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOOC) y La Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras Campesinas (ANEC), que ahí siguen.

A fines de los ochenta, al cumplirse 500 años del arranque del genocidio que fue la conquista, los pueblos originarios se hacen de nuevo visibles. Pero es después

de 1994, a raíz del alzamiento del EZLN y de su posterior adopción de la vía pacífica, que el movimiento indígena se pone en primer plano. Su bandera principal ya no es la *independencia* del gobierno, que desde los años veinte habían impulsado campesinos comunistas como Úrsulo Galván y José Guadalupe Rodríguez de la Liga Nacional Campesina (LNC), y en los setenta había recogido la CIOAC; tampoco la pura *autonomía* de gestión que desde los ochenta había impulsado UNORCA, y luego CNOC, ANEC y otras. Los indígenas peleaban todo eso, pero también por la *autodeterminación* política, por el derecho al autogobierno en sus territorios. Una exigencia que sustentan en el hecho de que las naciones autóctonas ya estaban aquí cuando se fundó el estado mexicano moderno, de modo que no hay que *concederles* la autonomía, sólo *reconocérsela*. De esos movimientos surge el Congreso Nacional Indígena (CNI), que sigue ahí.

Para el arranque del siglo XXI el campo ya vivía los estragos causados por el TLCAN, vigente desde 1994, de modo que a fines de 2002 y principios de 2003 se desata un poderosa insurgencia llamada Mecnam a la que ya me referí antes. Como vimos, su demanda ya no es reparto agrario, políticas económicas favorables a los campesinos o derechos autonómicos. Es todo eso pero también un gran viraje en la ruta que habían impuesto los neoliberales y que estaba destruyendo al agro y a los campesinos, es decir lo que se llamó un “cambio de modelo de desarrollo”. Y no sólo para el mundo rural sino para el país entero, pues el proyecto de los tecnócratas nos está llevando a todos al abismo. De la experiencia

Las milpas de la ira del Mecnam surgió una tendencia a integrar frentes de organizaciones para mejorar la correlación de fuerzas y poder negociar en mejores términos. Tendencia que con altas y bajas se mantiene hasta la fecha.

Del movimiento indígena de los noventa salió un proyecto de Ley sobre derechos de los pueblos originarios que debía ser llevada a la Constitución, cosa que no sucedió, y del Mecnam derivó un Acuerdo Nacional para el Campo que el gobierno rubricó pero no cumplió. Veamos ahora a vuelo de pájaro y como parte del conjunto el proceso que expuse antes. Dije ahí que esas experiencias el EZLN y el CNI concluyeron que *con el gobierno no hay nada que hacer* y se replegaron a sus territorios donde impulsan proyectos autonómicos. En cambio las organizaciones campesinas concluyeron que dado que los gobiernos neoliberales del PRI y del PAN firman pactos que luego violan, lo que hay que hacer es *cambiar de gobierno*.

Como vimos, la convicción de que mientras la derecha esté en el poder los acuerdos estratégicos no se horrarán, pues con ellos en el gobierno ningún cambio importante es posible, hizo que en 2006 un Frente Nacional de Organizaciones Campesinas (FNOC) que agrupaba a las del viejo Mecnam y a algunas más, apoyara la candidatura a la Presidencia de Andrés Manuel López Obrador. Lo mismo ocurrió en 2012 cuando un centenar de organizaciones convocaron cinco grandes encuentros regionales propositivos, que se sintetizaron en el llamado Plan de Ayala para el siglo XXI. En el primer caso el PAN se robó la elección y en el segundo el PRI la com-

pró, de modo que los campesinos han tenido que seguir lidiando con gobiernos de derecha. Y como dije en la reseña de los combates que libraron a principios de 2015, en eso están.

El movimiento campesino es múltiple y diverso y en eso radica su riqueza y poderío. Pero, por lo mismo, no todos participan de las mismas experiencias ni siempre se extraen de ellas las lecciones pertinentes. Este esfuerzo de balance, reflexión y puesta en común es un trabajo que habrá que hacer. Pero de momento sería oportuno tener presente que en el último medio siglo los trabajadores del campo han dado luchas generalizadas, nacionales y prolongadas por la *tierra*, por la *producción*, por los *derechos autonómicos*, por un *nuevo modelo de desarrollo* y por el *cambio de régimen*. Sin olvidar las batallas recientes por la *propiedad social* de la tierra, en *defensa del territorio*, por los *derechos laborales* y *contra la violencia y la inseguridad* de que somos víctimas. Definitivamente, ningún sector de la sociedad mexicana puede presumir de un repertorio de lucha tan amplio, persistente y completo como el que tienen las mujeres y los hombres de la tierra.

III. Cambiar el rumbo

Las guerras del hambre

El mundo necesita más y mejor comida pero no puede producirla del modo como lo hizo antes. Con altos precios, inventarios fluctuantes, ascendentes costos de transporte, progresiva derivación de las tierras y de los

Las milpas de la ira
cultivos a fines no directamente alimentarios, y crecientes efectos del cambio climático sobre las cosechas, depender de la importación de granos básicos es ruinoso para los países que quizá podrían pagarla, y suicida para las naciones más pobres condenadas al hambre. En adelante no sólo será socialmente justo y políticamente acertado sino también económicamente rentable recuperar la soberanía y seguridad alimentarias, buscando ser autosuficientes cuando menos en los bienes de mayor consumo como maíz, frijol, trigo, arroz...

Pero, quién y cómo puede producir en cada país los alimentos que hacen falta. La salida no está en el agronegocio por tres razones.

Primera, su modelo tecnológico es destructivo, de modo que si encabeza la nueva expansión agrícola el daño ambiental sea incalculable.

Segunda, su racionalidad económica es especulativa, lo que disparara las rentas de los privilegiados a las que da lugar el necesario cultivo de tierras cada vez más lejanas, menos fértiles y de mayores costos.

Tercera, su manejo político del hambre les permite extorsionar pueblos y chantajear gobiernos.

Seguir dejando en manos privadas el aprovisionamiento alimentario cuando éste se encuentra en riesgo, es favorecer el arrasamiento final de campesinos y comunidades indígenas por una agricultura especulativa controlada por trasnacionales que, además, ni siquiera genera empleo. Es alentar la degradación de tierras, aguas y biodiversidad por un procedimiento de cultivo al que llamamos "minero", porque limita a extraer ago-

tando los suelos, sistema que ya mostró sus límites. Pero es, también, profundizar las distorsiones del mercado, pues la apropiación y valorización de recursos naturales limitados y de distinto potencial productivo genera rentas, es decir estrategias empresariales en las que se gana gracias al monopolio de las buenas tierras y a la especulación y no por la inversión realmente productiva.

Rentas que son enormes no sólo porque al concentrar el medio de producción, los insumos de patente y los sistemas de mercadeo, los monopolistas controlan la oferta, sino también porque al tratarse de alimentos básicos la demanda es rígida —todos tenemos que comer— y el alza de los precios no tiene más límite que la voracidad corporativa y la capacidad de pago del hambreado consumidor.

Rentas que se embolsan aun en mayor proporción las trasnacionales graneleras que sus personeros en la operación del cultivo. Empresarios por lo general ajenos al campo que buscando la mayor ganancia en el plazo más corto se asientan temporalmente en la tierra para establecer una agricultura predadora, altamente mecanizada y casi sin agricultores.

Dada su relevancia alimentaria, su importancia laboral y la trascendencia de sus aportes ambientales y culturales, el buen manejo de los bienes comunes y patrimonios colectivos del mundo rural es socialmente prioritario. Interés primario que en un marco de crisis energética y alimentaria resulta asunto de seguridad nacional y global donde los requerimientos de la humanidad entera debieran estar por encima de la “mano invis-

Las milpas de la ir ble” del mercado y la no tan invisible de las trasnacionales y sus protectores imperiales. Por su valor ambiental, social, político, cultural y económico el campo es ámbito de interés público cuya conducción debe ser compartida por el Estado y la sociedad organizada: comunidades rurales, pobladores, productores agropecuarios, consumidores, creadores de cultura, expertos...

Para México, como para muchos otros países gravemente deficitarios en alimentos, restaurar la autosuficiencia en básicos supone incrementar sostenidamente los rendimientos, pero también recuperar la superficie antes sembrada y aun ampliarla. Expansión de la frontera agrícola que para que no sea destructiva sino sostenible debe incorporar criterios ecológicos, es decir, un manejo múltiple y flexible de los recursos naturales y sociales adecuado a su frágil condición. De lo contrario, si la expansión de los cultivos se rige por la maximización de las ganancias en el tiempo más corto, la nueva producción alimentaria adoptará la forma de monocultivos “extractivos”, que ya tiene en buena parte del planeta, con saldos ambientalmente catastróficos.

Ha llegado el día de que los campesinos alimenten de nuevo al mundo. La alternativa local, nacional y global es la pequeña y mediana producción familiar o colectiva, operando en un marco institucional que en vez de inhibirlas o suplantirlas potencie sus virtudes sociales, ambientales, tecnológicas y económicas.

El cultivo doméstico y asociativo, por lo general diversificado, puede incrementar su oferta directamente agropecuaria y su aportación de bienes sociales, ambien-

tales y culturales, como ya lo hizo en el pasado. Pero si no tiene apoyo público y no se regula su entorno económico acabará vendiendo a precios de costo y consumiendo sus recursos naturales y productivos en vez de conservarlos e incrementarlos. Porque si el agronegocio cobra rentas a la sociedad, la agricultura campesina por lo general las paga, y con ello a la larga deja de ser viable.

Necesitamos, entonces, un nuevo entendimiento entre el surco y la banqueta, donde la ciudad reconozca y retribuya las reales aportaciones de un campo socialmente justo, ambientalmente sostenible y económicamente eficiente. Y esto se deberá materializar en políticas públicas orientadas a darle viabilidad técnico-económica a lo que es social y ambientalmente necesario, en acciones que revitalicen el mundo rural interviniendo decididamente el mercado agropecuario de alimentos mediante regulaciones y políticas compensatorias.

Hoy sabemos que sólo la diversidad tecnológica y productiva es agroecológicamente sustentable y socialmente incluyente. Pero el mercado hace tabla rasa de la pluralidad virtuosa pues no entiende de costos legítimos pero desiguales y es sordo y ciego a necesidades sociales y requerimientos ambientales decisivos como preservar la naturaleza, generar empleo e ingreso, propiciar la equidad social, recuperar los territorios que ahora están bajo el control del narco, restaurar el tejido social y la gobernabilidad democrática, sustentar la diversidad cultural...

Surcos y banquetas

Como todo el planeta, México marcha hacia una gran catástrofe civilizatoria. Por una parte pueblos fantasma por otra, ciudades atestadas donde no hay empleo ni servicios suficientes. Comunidades vacías y urbes inhabitables, saldo de la destrucción del agro y del imparable éxodo campesino. Aire sucio, agua escasa y turbia, tierra estéril, bosques talados, especies en extinción, clima errático, paisajes degradados, comida contaminada... todo producto de un sistema industrial y agropecuario insostenible.

Y para revertir esta catástrofe en curso, es necesario que los mexicanos del campo y los mexicanos de las ciudades pactemos una relación distinta de la que ahora tenemos. Sin duda también hace falta un nuevo trato de los gobiernos hacia el campo, y hay que exigirlo, pero éste sólo será viable si es expresión de un renovado equilibrio entre agricultura e industria, de una inédita armonía entre lo urbano y lo rural, de un nuevo entendimiento entre campesinos y ciudadanos.

Para recuperar el proyecto de país es indispensable rectificar la ruta anti agraria, anti campesina y anti nacional impuesta por los gobiernos neoliberales que arrancan en los ochenta del pasado siglo. Y cambiar el curso suicida por el que nos entorilaron los tecnócratas priistas hace seis lustros, en el que por 12 años nos mantuvieron los gobiernos del PAN y que ahora retoma el PRI con singular entusiasmo pasa por reconocer que la destrucción del agro fue intencional, premeditada y per-

sistente, de modo que de lo que se trata no es de retocar o matizar sino de romper radicalmente con esa orientación suicida cuando aún estamos a tiempo.

Porque no bastan ajustes menores y darle aún más tiempo a las políticas neoliberales que ya llevan tres décadas de estropicios. Hace falta un nuevo modelo de desarrollo que rescate al campo y a los campesinos en términos de economía, sociedad, medio ambiente y cultura. No se trata de volver atrás, a las políticas clientelares y la corrupción, que por lo demás siguen. Es necesario un nuevo pacto entre el México urbano y el rural, y en este contexto un nuevo trato entre el Estado y los campesinos.

Para restaurar el México rural, habrá que *reconocer, ponderar y retribuir* la multifuncionalidad de los campesinos, vale decir sus muchos y diversos aportes a la vida de todos. La base de los cambios que se demandan está en reconocer los variados y decisivos servicios del campo al país y a sus habitantes: sus contribuciones sociales, ambientales, económicas, políticas, culturales... Porque, si los dejan, los campesinos cuidan el medio ambiente que nos da vida y cosechan los alimentos que necesitamos; porque sin ellos no hay equidad social en el país ni gobernabilidad en los territorios rurales; porque es del mundo agrario de donde nos viene nuestra identidad profunda y son los campesinos y los indígenas quienes la preservan.

Los campesinos no quieren compasión ni piden limosnas, quieren reconocimiento y quieren justicia. Los campesinos tienen compromisos económicos, sociales,

Las milpas de la ira políticos, ambientales y culturales con la nación y quieren cumplirlos. Pero para hacerlo necesitan condiciones adecuadas que hoy no existen.

Para reactivar e integrar las cadenas productivas es necesario fomentar la pequeña y mediana producción campesina y las agroindustrias y comercializadoras asociativas. Las funciones económicas del campo no se pueden medir sólo por el peso del sector agropecuario en el PIB. Si éste es pequeño y disminuye no es tanto porque caigan los volúmenes de la producción agropecuaria, como porque históricamente decrecieron sus precios relativos, de modo que los campesinos cada vez daban más y cada vez recibían menos. El círculo vicioso se origina en un mercado agropecuario mundial asimétrico, politizado y controlado por trasnacionales y grandes potencias, que no tiene nada que ver con el “libre comercio”. Y romperlo supone decisiones de Estado en el sentido de proteger al agro del comercio desleal y abusivo, y en particular a los agricultores familiares: un sector de la producción que aun en términos económicos pesa más de lo que parece, si tomamos en cuenta los valores reales de las cosechas y su efecto multiplicador horizontal y vertical sobre la industria de insumos y maquinaria, sobre las actividades de transformación, sobre los servicios y sobre el comercio.

Para recuperar la *soberanía alimentaria* hay que fomentar la producción campesina de granos y otros básicos. El valor de la producción agropecuaria no se mide sólo en volúmenes y precios, pues se trata en gran medida de alimentos de los que depende la subsistencia de

la población. Si es malo no producir máquinas, energía o materias primas, no cosechar los alimentos indispensables nos pone en riesgo como nación. Garantizar la autosuficiencia en básicos y la seguridad alimentaria —como lo hacen las economías más poderosas— es esencial para países comparativamente pobres y dependientes que de otra manera estaremos sometidos a las eventualidades del mercado y de rodillas ante los dictados del imperio. Y esta capacidad se perdió cuando los tecnócratas sacrificaron la agricultura en nombre de la globalización. Entonces, recuperar para el pueblo y el Estado mexicanos la soberanía alimentaria —entendida como capacidad de garantizar la producción nacional y el acceso de la población a los bienes básicos de consumo— es componente fundamental del nuevo modelo de desarrollo que necesitamos.

Para amortiguar el éxodo rural y recuperar la *soberanía laboral* se debe impulsar una producción doméstica y asociativa eficiente pero a la vez intensiva en trabajo, lo que en la agricultura es muy factible. En el campo vive uno de cada cuatro mexicanos y en la agricultura trabaja uno de cada cinco, de modo que continuar desmantelándolos significa descobijar una cuarta parte de los connacionales que el resto de la economía, estancada por lustros, no puede absorber y que desde 2008 ya no encuentran empleo en Estados Unidos.

Reactivar la agricultura campesina es cuestión de soberanía y seguridad laborales, pues un país incapaz de emplear dignamente a la mayoría de sus ciudadanos y atendido a las circunstancias económicas y políticas de

Las milpas de la ira
quien recibe sus migrantes, es una nación minusválida. Queremos una economía que no sólo le produzca utilidades al capital, también que le genere empleo e ingresos al trabajador. Y eso es lo que ha hecho y puede seguir haciendo nuestra agricultura si no se empeñan en destruirla. Porque la mayor parte de los cultivadores mexicanos son pequeños campesinos impuestos a sobrevivir en condiciones hostiles que, además, aportan materias primas y alimentos al mercado y sustentan la mano de obra que la agricultura de riego y de plantación sólo emplea por temporadas.

No podemos conformarnos con pelear por una migración con rostro humano, debemos pelear también por el *derecho a no migrar*, de quienes preferirían quedarse pero el desastre del campo los expulsa. Así como luchamos por el derecho a la alimentación y por la soberanía alimentaria, luchamos también por el derecho al trabajo y por la soberanía laboral, es decir por el derecho a quedarse. Porque un país que no puede garantizarle a sus ciudadanos un empleo digno y bien remunerado, un país que para sostenerse debió “exportar” a sus jóvenes, un país que vive de los ahorros que su población transterrada envía de regreso a sus familiares (25 mil millones de dólares en 2015, mucho más de lo que ingresó por vender petróleo), es un país sin soberanía ni vergüenza.

Si disminuyó la migración de mexicanos a Estados Unidos no es porque ya encontraron opciones aquí, sino porque desde hace un rato en el gabacho no hay jale. De modo que muchos jóvenes se pusieron en *stand by* esperando que sus familiares del otro lado les digan que

ya hay empleo. La compulsión migratoria al extranjero o a las ciudades sólo va a disminuir sensiblemente cuando en las regiones que hoy nos expulsan existan condiciones de vida dignas y expectativas de progreso. Y crear estas condiciones supone impulsar un desarrollo hacia adentro y no sólo hacia fuera, un desarrollo comprometido con la creación de empleo y con la distribución más justa del ingreso. En particular un desarrollo que reactive la agricultura campesina y la producción alimentaria.

Para contrarrestar la crisis ambiental habrá que impulsar una producción campesina amigable con la naturaleza. Rico en recursos naturales hoy degradados y diversidad biológica que se pierde aceleradamente, México está al borde de una enorme crisis ambiental. El modelo de urbanización-industrialización es culpable, al igual que una estrategia agrícola destructiva que dañó severamente tierra, agua, aire, flora y fauna. Pero si en sus etapas de expansión dicha estrategia desbarató ecosistemas, es aún más agresiva cuando la actividad rural retrocede y grandes extensiones quedan baldías.

Y es que, contra lo que algunos conservacionistas ignorantes piensan, despoblar el campo no es conservar la naturaleza, al contrario. Desde que poblamos la tierra la naturaleza es cultura y los ecosistemas se reproducen socialmente. Los campesinos lo saben: el acahual añora a la milpa. Y a su modo también lo saben los expertos, pues han visto que la vegetación en crecimiento propia de un terreno cultivado, de un terreno desmontado que se recupera, captura más carbono por unidad de área que el bosque estabilizado.

Las milpas de la ira

Pero para restaurar los recursos y equilibrios ambientales perdidos hace falta restaurar también una economía campesina sustentable capaz de aprovechar sin destruir.

Para recuperar la convivencia, dañada desde hace mucho pero colapsada por el narco y por la guerra contra el narco, es indispensable devolver a los campesinos la confianza en un futuro digno. La descomposición del tejido social es el saldo más doloroso de la crisis rural. La migración compulsiva, la aceptación forzada de un narco negocio que corroe la vida social, pero al mismo tiempo activa las economías locales, el reclutamiento de jóvenes por los cárteles, la multiplicación y agudización de los conflictos, la proliferación de grupos guerrilleros, el descreimiento en las instituciones, la justicia por propia mano y sin control social, la ingobernabilidad hormiga... son procesos perversos que no cederán mientras el campo siga siendo cárcel y condena para las nuevas generaciones rurales. Para los jóvenes hijos de campesinos que se sienten atrapados en un mundo en decadencia y descomposición donde no hay opciones.

Hace falta restaurar la economía y la naturaleza, pero también y sobre todo es necesario *restaurar la esperanza*. Y el desprecio al agro y a los campesinos, no sólo en las políticas sino en el discurso público, es parte del problema.

Para recuperar las raíces de nuestra identidad es indispensable darle viabilidad económica a la comunidad agraria, sustento mayor de nuestras culturas autóctonas y mestizas. En el campo están nuestras raíces

culturales. El México urbano perderá irremisiblemente su identidad si no se reconcilia con el México profundo, que es en gran medida el México rural. Pero no se trata de preservar reliquias arqueológicas sino de restaurar la vitalidad socioeconómica del campo como sustento de su vitalidad cultural. No caben aquí nostalgias reaccionarias que los jóvenes rurales son los primeros en rechazar, queremos un México moderno, plural y abierto al mundo; pero que sea también un México indígena y campesino.

IV. Haciendo milpa

Pero ¿por qué tantas porras a los rústicos?, ¿por qué apostarle tantísimo a los campesinos? ¿Qué tienen estos ajados y polvorientos hombres y mujeres de la tierra que en momentos crisis y desánimo le inyectan optimismo a nuestros sueños?

Pobres, siempre a la intemperie, olvidados, doloridos, arrinconados, desgastados a veces desavenidos y hasta peleados, los campesinos son la esperanza porque ellos y ellas saben *hacer milpa*. Bien que mal, mucho o poquito, nunca han dejado de *hacer milpa*.

No es que siembren maíz entreverado con frijol y calabaza, que muchos aún lo siembran. Es que los campesinos saben *hacer milpa*. Y la milpa es mucho más que un policultivo ancestral, la milpa es un modo de vida.

Lo que los pueblos son les viene de la forma en que se relacionan con la naturaleza, de la manera en que cultivan la tierra. Y desde hace siete mil años nosotros hemos obtenido nuestro sustento de una siembra donde

Las milpas de la ira
se entreveran maíz, frijol, calabaza, picante, tomatillo, chayote, chíá, amaranto, chilacayote, huauzontle... Un jardín prodigioso donde decenas de especies distintas no sólo conviven armónicamente sino que se complementan unas con otras. Y de la manera que aprendimos a sembrar, de esa manera nos enseñamos a vivir.

Se dice que “vivir bien” es una idea venida del mundo andino amazónico que constituye una alternativa a los muy decaídos conceptos de Progreso y Desarrollo. Chance. No lo sé. Pero de lo que sí estoy seguro es de que el término *hacer milpa*, como se le llama en Mesoamérica a los trabajos de ese policultivo, le da nombre a un modo de vida donde la diversidad entreverada, dialogante, solidaria es la máxima virtud.

La milpa es lo opuesto del balde de cangrejos del que el egoísmo y la envidia de los crustáceos les impiden salir, imagen con que algunos denigran a los mexicanos. Pero no. Los mexicanos no somos cangrejos en una cubeta, los mexicanos hemos sido y somos milperos, que es lo opuesto.

Desde los tiempos del viejo teocinte al maíz no le gusta andar solo sino rodeado de una entreverada y bulliciosa compañía vegetal. Una siembra de trigo es un trugal, en cambio una siembra tradicional de maíz es una milpa, un policultivo donde interactúan y dialogan hasta 50 especies, entre cultivadas, auspiciadas y toleradas.

Con una diversidad genética manifiesta en decenas de razas, variedades e híbridos, y una pasmosa capacidad de adaptarse a los más diversos suelos, climas, humedades y altitudes, el maíz es el equivalente agrícola

de las lenguas francas. Cultivo transcultural compartido por alrededor de 250 pueblos mesoamericanos y algunos andinos y amazónicos pertenecientes a 16 diferentes familias lingüísticas. Etnias que no por maiceras son unánimes pues definen sus diferentes identidades agrícolas y culinarias al combinar al cereal con otras plantas cultivadas o silvestres propias de cada región.

Pero el frijol, la calabaza y el chile son sus acompañantes ancestrales. Buenos vecinos que con sus aportes alimentarios derrumban el mito de que los pueblos maiceros están en desventaja civilizatoria porque a nuestro cereal le faltan nutrientes. El maíz es sostén del frijol enredador que a su vez devuelve al suelo parte del nitrógeno que se lleva su socio talludo y la misma función tienen los chícharos, los ejotes y las habas; la calabaza no deja pasar a las malas hierbas y con sus grandes hojas protege la humedad del suelo; los chiles ahuyentan insectos dañinos...

En la milpa conviven el tomatillo y el huahuatle, el cacahuate, las habas, los chícharos, el amaranto, la chía, el huauzontle, el chayote, el chilacayote; tubérculos como el camote, la yuca, la jícama o la papa; y los múltiples quelites: verdolagas, chayas, malvas, epazotes, quintoniles, chepiles, pápalos, romeritos. En la península de Yucatán es frecuente que en claros de la milpa además de yuca se siembren hortalizas como el melón y la sandía. En los andes peruanos es habitual que las familias cultiven alrededor de una decena de parcelitas en distintos niveles, con diferentes maíces y en diversas

Las milpas de la ira combinaciones con otras plantas como los socorridos frijol y calabaza, pero también quinua, achita y una vertiginosa variedad de papas.

Milpas escoltadas por erizados magueyes o espinosos nopales y tachonadas de chabacanos y capulines que no se cortaron porque dan sombra y frutos que mucho se agradecen en los descansos de la labor. Sembradíos donde se cazan tuzas cegatonas cuando se aventuran fuera de sus agujeros, donde se colectan hongos, gusanos de maguey o chapulines y de donde hay que ahuyentar a los zanates y otros pájaros que quieren cosechar antes que nosotros.

Complemento de la milpa es la huerta que proporciona zapotes, guayabas, aguacates, mameyes, plátanos o jocotes, según los gustos y la región, además de que se cosecha cera y miel, se consigue madera para vigas, polines y tablones, y se recoge leña para el fuego.

Junto a la casa no puede faltar el cultivo de trapatio con sus chiles, cebollas, jitomates y chilacayotes, pero también hortalizas avecindadas como el ajo, la lechuga, la col, el nabo; sin olvidar las yerbas que dan sabor, las olorosas, las medicinales. Y no deben faltar las flores aunque nomás sirvan para alegrar la vida.

Y, rondando, gallinas, guajolotes o patos; además de los chuches, enchiquerados o sueltos; del corral con cabras, chivas o borregas, y quizá el buey, la vaca, el burro, el caballo, la mula, si es que todavía los hay.

Con las variaciones propias de la interculturalidad que se impuso a partir de la llegada de los españoles, esta pluralidad es ancestral. Los de antes gustaban

de las enumeraciones y seguramente se sentían orgullosos de su riqueza culinaria, de modo que les daba por hacer recuentos que documentan la diversidad que éramos y que somos.

Este testimonio viene de Popol Vuh.

Comenzaron entonces sus trabajos... Lo primero que harían era la milpa... Esta será la comida: el maíz, las pepitas de chile, el frijol, el pataxte, el cacao... Y de esta manera se llenaron de alegría, porque habían descubierto una hermosa tierra... abundante en mazorcas amarillas y mazorcas blancas, y abundante también en pataxte y cacao, y en innumerables zapotes, anonas, jocotes, nances, matasanos y miel...

Otro ejemplo de variedad alimentaria lo encontramos en los nombres relacionados con comestibles de algunos de los 18 meses del calendario de los antiguos chiapanecos: *Numaha ñumbi*: en que se siembra el maguey (24 junio); *Numaha mundju*: cuando se siembra chile (23 de agosto), *Numaha catani*: fin de agua, principio de maíz (12 septiembre), *Numaha manga*: se cría el pescado (2 de octubre), *Numaha haomé*: baja el río y retorna pescado (22 de octubre), *Numaha mua*: se siembra camote (21 de diciembre), *Numaha cupamé*: madura el coyol (11 de marzo), *Numaha puri*: madura el jocote (31 de marzo). Completa el panorama la descripción de Fray Tomás de la Torre, que visitó a los chiapanecos en 1545:

Las milpas de la ira

Cogen cacao dentro de su tierra. Siembran (*maíz*) dos veces al año (...) Hay grandísima abundancia de los frutos de la tierra, piñas, plátanos, jícamas, camotes, aguacate, ciruelas y todo lo demás (...) No dejaré de decir de las calabazas que aquí hay. Hay las muy mayores que grandes harneros y aquellas pártanlas por medio y píntanlas para servirse de ellas en lugar de cestas y platos...

Dicen que somos hombres de maíz. Más bien somos gente de milpa. Milpa que tiene muchos nombres y también puede llamarse chinampa, en los lagos del sur de la capital; chacra en el sur del continente; conuco en el caribe; ainoca en los andes... Mujeres y hombres que se rodearon de una enorme variedad de plantas y animales domesticados, auspiciados o simplemente aprovechados. Sutil entrevero al que sólo se puede identificar con el cereal, dejando en la sombra a su pródiga compañía, debido a la mala costumbre de buscar a un dominante dentro de lo que en realidad es un colectivo de pares, un policultivo, un sistema agroecológico complejo.

Sí, el maíz es la planta que más se repite en las milpas mesoamericanas. Y también es verdad que es del maíz de donde obtenían la mayor parte de sus nutrientes muchos milperos. Pero sólo y su alma el orgulloso maíz puede muy poco. Entonces lo que hay que destacar de la milpa es su diversidad. La diversidad entreverada, fraterna, solidaria que en ella encarna y de la que mucho podemos aprender.

Hacer milpa podría ser la consigna del pluralismo cultural, social, económico y político que tanta falta le hace a México, a Mesoamérica y al mundo. Porque bien vistos milpas son los bulliciosos mercados pueblerinos, milpas los abigarrados carnavales tradicionales, milpas las buenas asambleas comunitarias en que se llega a consensos, milpas los movimientos campesinos unitarios... Pluralidades virtuosas y solidarias como la de nuestro policultivo tradicional que deberían ser ejemplo a seguir para la vida toda.

Colofón. Doña Mauricia

Esta historia se termina. Pero tengo la impresión de que algo se me pasa, de que algo se me olvidó. Y sí, como de costumbre, a los varones como el que esto escribe se nos olvida el inmenso mundo de las mujeres... Por fortuna a mí me lo recordó hace unos meses doña Mauricia.

Doña Mauricia es la persona que les enseñó a sembrar a los estudiantes de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) que hace unos años decidieron cultivar una milpa en el campus de San Lorenzo Tezonco. Un proyecto luminoso y alentador por lo que representa hoy en México que un grupo de jóvenes universitarios decida salir del salón de clases y de los libros para aprender también trabajando la tierra. Pero naturalmente ni los chavos ni sus maestros tenían la menor idea de lo que es sembrar. Hasta que se encontraron con doña Mauricia.

Un día, en que a pie de surco celebrábamos con tacos de guisado la primera cosecha, los que se hacen

Las milpas de la ira
llamar *uacemilperos* me presentaron a su maestra. Y fue escuchándola que me asomé a la parte de la película que me faltaba.

Sembrar, cultivar la tierra, es un oficio que doña Mauricia conoce bien porque le ayuda a su marido en la milpa. Pero lo suyo, me dijo, lo suyo, suyo, es cocinar. Y mientras contaba orgullosa cómo desgrana las mazorcas, alista el nixtamal, prende el fuego, prepara la masa en el metate, le pone su manteca y extiende en el comal ya caliente las tortillas hechas a mano —sin ayuda de la dichosa prensita de madera—, tuve una revelación, una iluminación. Ahí estaba —pequeña y con delantal floreado— la otra mitad del mundo, la mitad oculta e ignorada, la mitad femenina de la milpa que mi machismo milpero me había impedido ver.

Me explico. He dicho muchas veces —echándole harta crema a mis tacos— que *hacer milpa* es un paradigma alternativo que destaca las virtudes de la diversidad sinérgica de haceres y saberes. Que *hacer milpa* es una metáfora del *buen vivir* y una inspiración para la utopía. Y por lo general a continuación paso a describir el proverbial policultivo en que se hermanan maíz, frijol, calabaza, chile... El problema es que con esto apenas le rasco tantito a la mitad de la milpa. La mitad visible y reconocida porque su protagonista es el varón.

La otra mitad tiene como protagonista a la mujer —no porque sea lo suyo por naturaleza sino porque eso le enseñaron a hacer— y empieza en la cocina, donde los productos de la siembra se transforman en comida, continúa con el cuidado de la salud, de la educación, de

la limpieza, del vestido, de la vivienda... sin olvidar el acarreo del agua y de la leña, los trabajos del traspatio... Además de que ellas son las que conocen las yerbas medicinales, las que se saben todas las historias, las que preservan la memoria... Y, por si fuera poco, son las encargadas de dar a luz a los que nacen y de amortajar a los que mueren...

Entonces, si olvidamos la llamada economía del cuidado que en el hogar y el traspatio prolonga y culmina los trabajos de la huerta y la parcela, *hacer milpa* resulta una consigna patriarcal, un concepto en el fondo sexista.

*

“Si quieren, además de enseñarles a sembrar, les enseñe a echar tortillas, que es más difícil. A todos, les enseñe: a las muchachas y a los muchachos.” Propone socarrona doña Mauricia.

“¡Ay güey!, se me enchinó el cuero nomás de pensarlo”, me dice en corto uno de los más entusiastas impulsores de la milpa uacemera. Una siembra que de ahora en adelante habrá de completarse con su mitad faltante. Y sí, cómo no habrá de enchinársenos el cuero a los machines, sólo de pensar en el vertiginoso mundo de saberes y haceres que nos aguarda junto al fogón si estamos dispuestos a recibirlos.

San Andrés Totoltepec,
Ciudad de México, abril 2016.

Armando Bartra

Director del Instituto de Estudios para el Desarrollo Rural Maya. Profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco. Autor de los libros, *Cosechas de ira: economía política de la contrarreforma agraria* (2003); *Guerrero bronco: campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande* (2000); *Crónicas del sur: utopías campesinas en Guerrero* (2000); *El México bárbaro : plantaciones y monterías del sureste durante el porfiriato* (1996).

Queda prohibida su venta.
Distribución gratuita.

Todos los derechos reservados.
Octubre 2016.